

CRISTIANIDAD



29 RAZON DE ESTE NUMERO

mundo se debatía en la más terrible y sangrienta de las guerras, en el momento presente la Humanidad entera está inquieta; más aún, se entrega febril a la busca de una tabla de salvación; se siente insegura en el Universo y no encuentra un asidero que le devuelva la confianza. Queremos repetir una vez más que sólo Jesucristo, valiéndose de la Iglesia instituida por Él, puede aportar esa seguridad salvadora. Y precisamente por medio de su Divino Corazón, manifestación la más significativa de su Amor. El Sagrado Corazón de Jesús puede y quiere salvar al Mundo si la Humanidad se entrega incondicionalmente a Él.

Si el pasado año nuestro número dedicado al Sagrado Corazón de Jesús adquiría relieve de gran actualidad, no menos la tiene ahora. Si entonces el

EDITORIAL: Remedio divino, adecuado, infalible.

Sección «*Plura ut unum*»: **El Corazón de Jesús y nuestra filiación divina**, por el Dr. Cipriano Montserrat (pág. 242); **El Corazón de Jesús y el espíritu social de sacrificio**, por el Dr. Antonio Sancho (págs. 243 y 244); **Dios lo quiere**, por el P. Juan Serrat (págs. 245 y 246); **Los deberes sociales y la devoción al Sagrado Corazón de Jesús**, por el P. José M. Murall (págs. 247 y 248); **«Reinaré en España y con más veneración que en otras partes»**, por el P. José M.^a S. de Tejada (págs. 249, 250 y 251); **Corazón de Jesús en donde están todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia**, por el P. Ramón Orlandis (págs. 254, 255, 256 y 257); **Iconografía del Corazón de Jesús**, por José M. de Solá-Morales (págs. 258 y 259).

Sección «*Del Tesoro perenne*». «*Nova et vetera*»: **«El reinado social del Corazón de Jesús»**, por E. Ramière (págs. 260, 261 y 262); **Fuente de aguas vivas**, por F. H. (pág. 262).

Sección «*A la luz del Vaticano*»: **La gran «Butterfly»**, por Luis Creus Vidal (págs. 263 y 264).

En las páginas centrales reproducimos la imagen (fragmento) del Sagrado Corazón de Jesús que se venera en la Iglesia del mismo nombre de los Padres Jesuitas, junto a una poesía titulada **Amor divino**, de la que es autor el P. Félix G. Olmedo.

Los dibujos que ilustran el presente número, son originales de Ignacio M.^o Serra Goday y de Joaquín Mascaró.



La Administración de

CRISTIANDAD

ha quedado instalada en el local de la calle Diputación n.º 302, piso 2.º, 1.ª, donde podrán dirigirse, a partir de esta fecha todos nuestros suscriptores y amigos.

El número de teléfono es el 22446

J.S.I.

CRISTIANDAD

Revista quincenal

SUSCRIPCIÓN:

Anual 48,- ptas.

Trimestral . . 12,- ,,

Ejemplar . . . 2'50 ,,

CRISTIANDAD

NÚMERO 29 - AÑO II

REVISTA QUINCENAL

Diputación, 302, 2.º, 1.ª - Teléfono 22446

1 Junio de 1945

Cruz, 1, 1.º - Teléfono 2567

BARCELONA

MADRID

Remedio divino, adecuado, infalible

Si el fin de la Encarnación del Hijo de Dios ha sido, ante todo, hacer participantes a los hombres de la vida divina, este primer objetivo está en estrecha dependencia con otro con el que a veces se le confunde, a saber: restituir al hombre la salud moral.

Jesucristo, en efecto, al elevar al hombre al orden sobrenatural cura con esto mismo las heridas del pecado. Devuelve la seguridad a nuestra razón, la rectitud a nuestra voluntad, la independencia a nuestras determinaciones. Pero, siendo el hombre, como todo ser racional, esencialmente social; estando destinado a encontrar su perfección no en sí mismo y por sí mismo, sino en la mutua comunicación y ayuda con sus semejantes, ¿quién podrá dudar de que no entre también en los planes de Jesucristo rectificar estas relaciones humanas en las que la perfección de la sociedad consiste?

La virtud social por excelencia: la justicia, debe ser fruto de la plena aceptación, individual y colectiva, por parte de los hombres, del plan de Jesucristo. Y nadie puede discutir a este médico divino su pleno derecho a imponer a individuos y pueblos las condiciones que le plazcan para conferirles la salud que él solo les puede proporcionar.

Entre estas condiciones, las hay que son comunes a todos los tiempos: vgr. la humildad y la oración. Otras son más particulares de una época.

Pues bien. En nuestros días, el remedio de la sociedad humana aparece divinamente vinculado a la aceptación, por su parte, de la devoción al Corazón de Cristo. Esta devoción, en efecto, nos ha sido presentada como instrumento sobrenatural para procurar a los hombres aquel Reinado Social en que las aspiraciones de la Iglesia parece ahora que se concentran: "Reinado de justicia, de amor y de paz".

Jesucristo, decíamos, es ciertamente libre para condicionar como bien le plazca la entrega de sus dones, y no tiene necesidad alguna de justificar por qué ha elegido tal remedio y no tal otro. Pero ocurre que la devoción al Corazón de Cristo aparece tan divinamente congruente con el fin para el cual nos ha sido revelada; tan a propósito para renovar en los cristianos aquellas disposiciones de espíritu que harán posibles "la paz de Cristo en el Reino de Cristo", que todo el que la comprende y acepta no puede sino ver bajo una luz nueva el maravilloso plan de la Misericordia divina con respecto a los hombres.

Ella nos muestra, en el Hombre-Dios, la causa de nuestra salvación; Ella nos pone en contacto con la fuente misma del Espíritu Santo; Ella se nos presenta como capaz de satisfacer todas las aspiraciones de las sociedades actuales, orientar juicios, ordenar sus valores, calmar sus angustias, aplacar sus odios, destruir sus egoísmos monstruosos. El presente número de CRISTIANDAD no tiene otra finalidad que mostrar la sabiduría que ha presidido su proposición como remedio nuestro.

Pero hay más. Este remedio que Jesucristo nos brinda al abrirnos su pecho, nos asegura él mismo que será aceptado por los hombres. "REINARE, a pesar de mis enemigos y de los que a ello quieran oponerse".

¡Oh Maravilla del Amor divino! Aun conociendo sobradamente toda nuestra maldad y vileza, sabes, y te jactas, de que ninguna fuerza puede resistirte.

* * *

Bien se comprende, en efecto, si esto es así, que Jesucristo haya llamado a esta devoción "un último esfuerzo de su amor". Bien se comprende, en efecto, si esto es así, que no pueda darse algo ulterior y más perfecto.

Apoyados en esta devoción con la seguridad que da al cristiano el magisterio de la Iglesia, CRISTIANDAD ha osado creer desde el primer día, que no todos los tiempos son iguales; que no es utopía esperar, con el Papa, la paz verdadera.



El Corazón de Jesús y nuestra filiación divina

La existencia de Dios es un problema que la razón humana aborda y resuelve satisfactoriamente. La observación comprueba la existencia de unos efectos sorprendentes, que el entendimiento creado no se cansa de admirar; la razón exige una causa, que, sobre dar la explicación de tales efectos, los supere infinitamente y sea extrínseca a ellos. Dios es el ser que está fuera y por encima del mundo, criatura suya. La mente humana llega a este aserto por vía de constatación, paso a paso, gracias a un método sereno, donde todo aparece bien trabado, a la manera que el alpinista asciende a la cima ansiada desde la cual contempla el espléndido panorama que se despliega ante sus ojos arrobados.

Pero la vida interna de Dios no puede ser descubierta por la inteligencia humana abandonada a sí misma, como abiertamente lo atestiguan las aberraciones en que a este propósito, han incurrido ingenios excelentemente dotados. Jesús fué el único que habló, con la competencia que le era propia, de la vida interna de la divinidad. Desde el principio existe el Verbo, o sea, el pensamiento expreso que vive en Dios y es persona, y existe el Amor del Padre y del Hijo, o sea, el Espíritu Santo. Como no se distingue de la substancia divina, el Hijo es eterno como el Padre; su vida es la vida de Dios. Reciprocidad misteriosa de vida divina que se resuelve en sí misma. Dios no obra por necesidad al exterior, pero sí en su interior, por cuanto no puede dejar de ser vida y acto. Lo que ocurre en las grandes inteligencias, capaces de profundas y absorventes meditaciones y de un intenso dinamismo interior merced al cual semejan multiplicarse en el vasto campo de sus indagaciones y en la compleja variedad de sus conclusiones, en Dios alcanza el grado más sublime con la multiplicidad de personas en una sola substancia.

El Verbo es, por naturaleza, Hijo de Dios. Como tal fué engendrado desde toda la eternidad, y como hombre lo fué en el tiempo; de ahí su condición eminentemente singular. Nosotros somos hijos de Dios, pero sólo por vía de adopción, fruto del amor. Ningún hombre, por perfecto que sea, puede equipararse al Verbo, a la manera que una estatua de mármol, por acabada que sea, no puede parangonarse con el hijo del escultor. Pero el amor de Dios realiza grandes prodigios; nos considera hijos suyos, verdaderos y hasta cierto punto naturales por razón de la herencia que nos reserva en la vida futura: "Ved qué amor nos ha mostrado el Padre, que, llamados hijos de Dios, lo seamos". Este amor del Padre es actuado por la sublime y personal intervención del Hijo, quien, poseyendo desde toda la eternidad la vida del Padre, la transformó, en el tiempo, en luz de verdad y de justicia para los mortales. "En El estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres". No permaneció ésta escondida en lo arcano de la divina intimidad; brotó en el tiempo y se abrió paso en el mundo resplandeciendo por modo eminente en la obra universal de la Redención. "Era la luz verdadera que ilumina a todo hombre viniendo a este mundo".

Supremo exponente de la vida divina proyectada sobre la humanidad es la persona de Jesucristo, y su Cora-

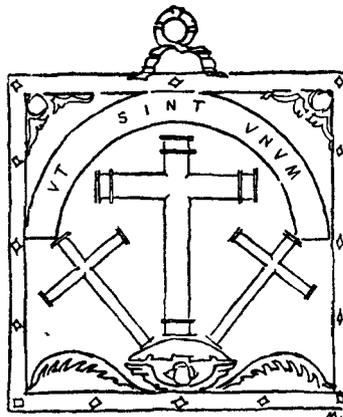
zón es el reverbero de ella. Unido substancialmente al Verbo de Dios y, por lo mismo, a la naturaleza divina, pudo exclamar ante los discípulos, anegados en profundo dolor por el presentimiento de la muerte cercana del Maestro: "Yo y el Padre somos una misma cosa". No una amistad basada en algo gratuito; no una unión extrínseca basada en un contacto, sino una unidad substancial. No podemos aspirar nosotros a tal grado de unión, como siervos que somos del señor de la viña; pero podemos aspirar a una unión con la Santísima Trinidad a través del Hijo. No olvidemos la fervorosa y sentida plegaria de Jesús próximo al supremo sacrificio: "Que sean todos una sola cosa con nosotros".

Tal es el ardoroso latido del Corazón de Jesús. Centro simbólico de toda la vida afectiva del Verbo hecho carne, por él pasaron todas las impresiones de su vida mortal. En ese Corazón que conoce nuestra extrema flaqueza y nuestra pertinaz experiencia del error, deben converger nuestros sentimientos amorosos. Debemos unirnos con El para unirnos con Dios. Lo impone una dulce necesidad. Como no nos es posible hurtarnos a la mirada de Dios, así tampoco nos es dado concebir un solo sentimiento digno de nuestra vocación fuera de las inspiraciones del Corazón de Jesús. Nos envuelve su influencia saludable; somos el preciado objeto de su excelsa misión. Aun cuando nos hacemos indignos de El, no nos abandona, antes nos asiste, pronto a susurrar junto a nuestro corazón tornadizo aquella su amorosa queja: "¿Por qué pensáis mal en vuestros corazones?".

El Corazón de Jesús, expresión de la vida interna de Dios ante los hombres, fué también la revelación de la divina ternura, de la infinita benignidad. Por El reveló Dios e hizo tangible a los hombres el fondo característico de su naturaleza: el amor. ¿Por qué nos cuesta tanto darnos cuenta de eso? Nos acordamos poco de la inmensa bondad de Dios y, en cambio, nos representamos fácilmente el aspecto severo de su inexorable justicia. Bien está que no perdamos de vista nuestra insuficiencia, nuestra falta de merecimientos; pero guardémonos de experimentar unos afectos que no se compadecen con nuestra condición de hijos de Dios. Del seno del pasado oscuro surgió una voz de perdón, de reconciliación, de indulgencia. Fué la voz del Corazón de Jesús, del Hijo de Dios. Jesús, llevado de su corazón, nos tendió la mano. "El primogénito entre todas las criaturas" se ofreció al Padre por nosotros; púsose en la balanza donde gravita el peso de nuestras iniquidades, y pagó con creces el rescate. Y por el sacrificio que hizo de Sí mismo, fuimos declarados hermanos suyos e hijos de Dios. Otra sería la condición del mundo, sin duda alguna, si de todos los pechos saliera una invocación a Jesús considerado como hermano mayor de los hombres; con ello no se haría otra cosa que dar cumplimiento a su deseo, a su voluntad de unión y hermandad: *Ut sint unum*.

Dr. Cipriano Montserrat.

Canónigo penitenciario
y Director Diocesano del Apostolado de la Oración
en el Obispado de Barcelona



El Corazón de Jesús y el espíritu social de sacrificio

Desde que Lutero desplegó la bandera de rebeldía y abrió la primera brecha en el frente de las huestes cristianas, pregonando que no es a Cristo a quien debemos consultar para saber lo que hemos de hacer, sino a las leyes de la propia nación, fueron declarándose los pueblos en apostasía.

Se extendieron las libertades públicas, multiplicáronse las sediciones contra los poderes legítimos, abriéronse posibilidades de escalar el poder, la vida política convirtiéndose en escenario de rivalidades y luchas, se perdió el respeto a la autoridad, los sentimientos de igualdad y fraternidad —tan reciamente y con tanta hipocresía cacareados— fueron suplantados por el afán de lucro y el espíritu de granjería, las pasiones empezaron a andar sueltas como fieras por la selva..., y a pesar de todas las organizaciones artificiosas se llegó al alarido, a la explosión, al caos.

A fines del siglo pasado un ilustre seglar levantó su voz en la Seo de Zaragoza con motivo de un Congreso católico. Ya entonces pudo dirigir a todas las clases sociales este vibrante y atinado apóstrofe:

“Reyes, Estados, pueblos que habéis consumido y agotado cuanto teníais, y empeñado la hacienda de vuestros nietos hasta no sé qué generación, y cada día necesitáis mayores medios y defensas, que no os librarán de tantos enemigos interiores y exteriores, pero irremisiblemente completarán vuestra ruina; ricos, que no podéis hallar en todo el mundo lugar seguro donde esconder vuestros tesoros, porque ya en todo el mundo se organizan y previenen los inmensos ejércitos de desesperados que quieren arrojarse sobre vosotros y repartirse vuestras riquezas; pobres, que estáis condenados por el moderno progreso a mayor trabajo que el de los esclavos antiguos sin el cuidado que el antiguo dueño tenía en mirar por su hacienda, que ahora sois ruedas de las máquinas con que multiplicáis los goces de vuestros señores y mañana seréis carne de cañón para que se levanten vuestros engañadores de hoy, como se levantaron vuestros engañadores de ayer, y a vosotros os hundan en más horrible miseria; víctimas todas de la civilización moderna ¿qué locura es la vuestra?”.

Y desde entonces acá ha crecido de un modo pavoroso la agitación, la lucha, el desenfreno de las pasiones.

Índice y raíz de tanto desorden es el egoísmo.

Si la caridad “es sufrida, es dulce y bienhechora”, si “no se ensoberbece, no es ambiciosa, no busca sus intereses, no se irrita, no piensa mal, no se huelga en la injusticia”, debemos afirmar que no hay caridad, sino egoísmo, donde andan sueltas las pasiones. En breve frase unió estos conceptos el divino Salvador cuando profetizó: “Y por la inundación de los vicios se enfriará la caridad de muchos”.

Podríamos también decir: cuando se enfría la caridad, nos inundarán los vicios. El Apóstol San Juan divide los vicios en tres grandes ramas: la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la

vida; nosotros podemos juntar las tres ramas en un solo tronco: el egoísmo.

El egoísmo es la raíz profunda de los males sociales que padecemos. El egoísmo es también el gran tirano que lucha solapadamente, pero luego, en la embriaguez de la victoria, se quita la careta y reclama los honores debidos al conquistador.

¿Cuál será la fuerza y la extensión del egoísmo, cuando las luchas son mundiales, cósmicas las corrientes, erigidas en tesis las pasiones bastardas, y el afán de lucro ha llegado a chupar la sangre, no de unos obreros —pocos o muchos—, sino de todo un pueblo o de todo un continente? El egoísmo del estraperlista es más inhumano y más extenso que el del patrono; el egoísmo de las diversas clases sociales —envidia oculta o alarde de lujo y despotismo— es más profundo y agitado que la miseria de unos y la codicia de otros; el egoísmo de las naciones es más enconado y sanguinario que el de los individuos: con una propaganda artera de principios indiscutibles y exageraciones veladas crea un ambiente que le sirve de “muralla china”, llega a la guerra mundial y nos mueve a añorar por lo moderadas las destrucciones más bárbaras que nos cuenta la historia de los siglos pasados.

* * *

El Sagrado Corazón de Jesús se nos muestra como apareció a Santa Margarita María Alacoque: en un trono de llamas más brillante que el sol y transparente como un cristal; lleva una corona de espinas; y una cruz abajo indica que allí fué plantada desde los primeros instantes de la Encarnación.

Es decir: nos predica amor y sacrificio; amor, porque el amor es la raíz, la reina y la corona de todas las virtudes; sacrificio, porque el sacrificio en el orden actual de naturaleza caída es expresión de amor sincero, según aquello del Salvador: “nadie tiene amor más grande que el que da su vida por sus amigos”, y tiene a raya todas las concupiscencias que contra el amor se conjuran.

Entre los múltiples amores de nuestro divino Salvador que se recuerdan y veneran en la devoción a su Corazón Sacratísimo, se destaca “el amor inmenso que le llevó a entregarse a la muerte por nosotros y darse todo a nosotros en el Santísimo Sacramento del altar”. Así se expresa el P. Croiset, al circunscribir el objeto particular de esta devoción; en este sentido habla el P. La Colombière, así lo entiende el P. Gallifet en el Memorial que presentó a la Sagrada Congregación de Ritos durante el Pontificado de Benedicto XIII; así lo entiende Santa Margarita María Alacoque.

Amor que se entrega hasta llegar al sacrificio en el árbol de la cruz y en la institución de la Santísima Eucaristía; amor que sufrió indecibles torturas en el Gólgota y está afligidísimo por nuestros pecados —cor amore hominum ardentissimum, pro peccatis afflictissimum— en el Santísimo Sacramento del altar. “Mira este Corazón —

dijo el Salvador en sus primeras apariciones a Santa Margarita María— que tanto ha amado a los hombres, que nada ha perdonado hasta agotarse y consumirse para mostrarles su amor; y en cambio, no recibo de la mayor parte de ellos sino ingratitudes, por sus irreverencias y sacrilegios, y por la frialdad y el desprecio que sienten por mí en este Sacramento de amor”.

Si el jansenismo iba helando los espíritus con presentar a Dios como Juez terrible y como Padre amorosísimo, el Corazón de Jesús quiso y quiere enardecerlos con recordarles la manifestación suprema del amor divino, o sea, la Encarnación del Verbo eterno —sic Deus dilexit mundum ut Filium suum Unigenitum daret— y la manifestación suprema del amor que nos profesó el Verbo encarnado: el sacrificio de la cruz y su prolongación en nuestros altares.

* * *

Con espíritu de amor y sacrificio debemos responder al llamamiento del Corazón divino.

Solamente en el amor —dice San Bernardo— podemos imitar a nuestro Dios. Cuando El amenaza, nosotros temblamos; cuando El juzga, nosotros somos los reos; cuando El castiga, nosotros somos las víctimas; cuando El ama, también nosotros debemos amar.

Pero “quien dice puro amor dice puro sufrimiento”, escribió la santa escogida por Dios para promover el culto público del Sagrado Corazón. Y sin dolor no hay amor, como leemos en la Imitación de Cristo, “sine dolore non vivitur in amore”. Por esto los que se entregan a la devoción del Corazón Sacratísimo deben dar este carácter a su vida: sacrificio.

“Dame el consuelo —dijo el Salvador a Santa Margarita María— de compensar la ingratitud de los hombres cuanto de ello seas capaz”. No podemos celebrar santamente el sacrificio del Señor —dijo San Cipriano— sino respondiendo a la Sagrada Pasión con nuestra oblación y nuestro sacrificio. Y su Santidad el Papa Pío XI: tanto más copiosos serán los frutos que saquemos de esta devoción (la del Corazón Sacratísimo) cuanto más perfecta sea la crucifixión de nuestra propia carne y de nuestros apetitos.

Por vía de amor y sacrificio quiere el Corazón de Jesús salvar la humanidad. De ello nos da ejemplo; para ello nos promete fuerza: la fuerza de la divina gracia, tanto más abundante cuanto más absoluta sea nuestra entrega, y la fuerza intrínseca de este espíritu abnegado.

La época moderna ha tenido grandes desatinos: ha intentado desterrar a Cristo de la sociedad, confinarle en el orden de la conciencia individual, suprimir sus grandes arrestos sociales, trastornar el orden que jerárquicamente baja de Dios y llega a los individuos, sofocar estos alientos de divinidad que pone en nuestras almas la doctrina de nuestro Salvador. romper los diques de las concupiscencias y levantar solamente el de la justicia; con lo cual ha creado nuevas dificultades en el orden social y en el gobierno de los pueblos.

El Angel de las Escuelas, Santo Tomás de Aquino, era de otro sentir. La justicia —decía— es el preliminar de la paz, no la misma paz; suprime las discordias, vence los obstáculos, corrige el desorden exterior; pero no mata la raíz de la guerra, es a saber, nuestra desordenada concupiscencia; cuando hay justicia puede llegar el reinado de la paz; pero ésta trae un cortejo de más amplios y profundos beneficios: comunidad de ideales, unión de fuerzas, ayuda mutua, actividad que procure al mismo tiempo el bien propio y el bien de los demás, prosperidad privada y prosperidad social, compenetración de afectos, armonía de afanes, amor, tranquilidad del orden.

Y el Doctor Angélico estudiaba la justicia pura, la justicia ideal, la justicia en el orden de los conceptos, sin definir que pueda darse en la realidad esta justicia aislada de la caridad. Ya en el orden que se estudia en la Escuela es necesario el amor.

Es necesario, por tanto, restaurar la civilización cristiana, volver al punto de partida por más ingentes que sean las dificultades, predicar el amor a quienes se han nutrido de odio, seguir el lábaro con que Cristo nos invita en los tiempos actuales —según frase de León XIII en su Encíclica *Annum sacrum*—: el Corazón de Jesús con su cruz y su corona de espinas.

Dr. Antonio Sancho
Canónigo Magistral de Mallorca

La revolución es la repudiación completa de Jesucristo, la completa separación entre la humanidad y su divino Jefe, la rebelión declarada de la tierra contra el cielo.

La devoción al Corazón de Jesús es la perfecta unión de los hombres con el Dios-Hombre, el vínculo más estrecho que pueda ligar la tierra con el cielo, los miembros a su jefe, las almas y las sociedades a su único Salvador. Ella es, en consecuencia, bajo todas sus formas, el supremo antídoto contra la peste revolucionaria, el remedio más eficaz a los males de las sociedades modernas, la salud del mundo y la garantía del triunfo de la Iglesia.

E. RAMIÈRE

DIOS LO QUIERE

Si algo hay cierto, indudable en las orientaciones emanadas del Magisterio Docente de la Iglesia, es que la Iglesia, los Papas, esperan la salvación del mundo, víctima de sus mismos pecados y abominaciones, de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús.

El día 25 de mayo de 1899, el Papa León XIII, recordaba actos de sus Predecesores para honrar el Corazón Sagrado de Jesús y por su parte ordenaba la consagración del género humano al mismo Sagrado Corazón y manifestaba su fe con las palabras tantas veces repetidas: que la cruz en los primeros tiempos de la Iglesia apareció al Emperador Constantino como promesa de Victoria; y que en estos tiempos se presenta el Corazón de Jesús: "In eo omnes collocandae spes: ex eo hominum petenda atque expectanda salus".

En El se ha de colocar toda esperanza; a El se ha de pedir y de El se ha de esperar la salvación.

El día 8 de diciembre de 1864, el Papa Pío IX, víctima insigne de la Revolución, publica el "Syllabus" y firma la carta "Quanta cura", que es su justificación y presentación.

Era la declaración de guerra contra los errores de la Revolución que gangrenaba el mundo; era el manifiesto de los defensores de la Ciudad de Dios contra el ejército del mal.

En aquella ocasión solemnísimamente, una de las más solemnes de la historia moderna, el Papa acude al Sagrado Corazón, con estas palabras: "Pidan todos sin intermisión y con fuerza al Corazón dulcísimo de Jesús víctima de amor ardentísimo para con los hombres, para que con los lazos de su amor, arrastre todas las cosas hacia Sí, y para que todos los hombres, inflamados en el amor suyo santísimo, procedan según su corazón".

Estas palabras confiadas no son una excepción, forman como un eslabón de la cadena que nos guía hasta la carta: "Misericordissimus Redemptor" del Papa Pío XI, en 8 de mayo de 1928.

La voluntad de los Papas es evidente; se ha manifestado en tantas ocasiones, en documentos tan graves, que sería mal hijo de la Iglesia quien sobre este particular pusiera duda.

Se ha dicho que la devoción del Corazón de Jesús es tan antigua como el Cristianismo.

Esta afirmación puede ser verdad y puede ser inexacta. Es verdad que, desde el primer momento del Cristianismo, el amor a Cristo y el deseo de corresponder a sus trabajos y reparar por las ofensas, ha sido un carácter distintivo de los cristianos.

Todos los creyentes, a través de la Historia, tienen un mismo aspecto familiar como los caracteres distintivos de una raza o de un pueblo determinado. Todos aman a Jesucristo, todos se sacrifican por El y por su causa ofrecen los bienes de fortuna: se entregan al trabajo, dan su sangre.

Las expresiones candentes de San Pablo se parecen a los encendidos deseos de martirio de San Ignacio Mártir. Escuchamos en las palabras de los mártires de nuestros días, un eco de los mártires de la primitiva Iglesia; y desde hace siglos los fieles cristianos leen y comprenden

la Imitación de Cristo y se entusiasman con sus palabras encendidas.

A través de los tiempos y los espacios, se mantiene viva la misma llama, el mismo amor, el mismo deseo de reparación.

Pero hay algo nuevo, enteramente nuevo en la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, porque algo nuevo ha sucedido en el mundo que justifica una intervención extraordinaria de Dios en el curso de la Historia.

Es algo nuevo el símbolo del Corazón, la promesa de reinar en el mundo precisamente por este Corazón.

Tan pronto como esta señal se levanta en alto, es señal de contradicción de los taimados jansenistas; es perseguida por muchos que se llaman sabios; contradicen postestas seculares; y, como afirma el Obispo Torras y Bages: "la Revolución fué su enemiga declarada porque

un poderoso instinto le hacía conocer que era la que debía acabar con ella". (Torras y Bages. Discurso sobre la influencia social que la devoción al Sagrado Corazón de Jesús está destinada a ejercer en los tiempos modernos. III).

Estas palabras del Obispo de Vich, nos llevan como de la mano a decir algo sobre la segunda afirmación que hemos establecido, esto es, que tiempos nuevos exigen nuevos remedios para sus males.

Dice muy bien el Obispo de Vich, que la Revolución fué enemiga de la devoción al Sagrado Corazón y no dice la Revolución francesa, sino sencillamente la Revolución; porque fué la Revolución francesa el comienzo, no el fin; fué el primer eslabón de la cadena que se alar-

ga indefinidamente con tantas revoluciones como países hay en el mundo. La Revolución continúa, y el mundo vive bajo la influencia de aquella constelación funesta.

Dice el Sagrado Corazón a Santa Margarita María, y los Papas lo repiten, que para esta nueva edad, para estos tiempos nuevos, estaba reservada la nueva devoción.

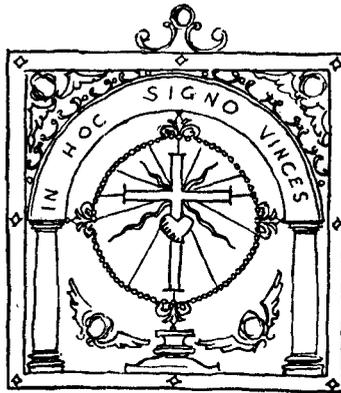
Que sean estos tiempos en que vivimos enteramente NUEVOS: ¿quién podrá ponerlo en duda?

Figurémonos por unos breves momentos que los Apóstoles emprenden de nuevo la evangelización del mundo paganizado por la Revolución.

Sabemos perfectamente por los Hechos de los Apóstoles, por las Cartas de San Pablo y por las Apologías de los primeros escritores cristianos, de qué manera los Apóstoles se introducían en la mente y corazón de sus oyentes.

¿Estaba el auditorio formado por judíos? Pues entonces las promesas mesiánicas, todo el Antiguo Testamento daba materia para penetrar en las inteligencias de sus oyentes y despertar el entusiasmo en su corazón.

¿Estaba el auditorio formado por gentiles? Entonces, tenían ante sus ojos unos hombres que tenían tantos dioses, que con sus estatuas podían jalonar sus avenidas y dedicar un ara al dios Desconocido. Aquel auditorio tenía fe en Dios y podía decir el Apóstol: "In ipso vivimus, et movemur et sumus" (Act. Apos. 17,28). No negaban la existencia del pecado; admitían la necesidad de la satisfacción; habían contemplado las flagelaciones y mutilaciones de los sacerdotes y adoradores de las divinidad-



des importadas del Oriente misterioso; muchos habrían sido purificados con sangre en la horrible ceremonia del tauróbulu.

Parte de aquel mundo creía en las promesas de salud hechas por los profetas; todos creían en los dioses, en el pecado, en la necesidad de la satisfacción, en la eficacia redentora de la sangre.

Era como una grande corriente de agua que podía ser aprovechada para mover el molino de la predicación evangélica.

Pero en nuestros días: ¿Cómo se introduciría el Apóstol en el ánimo de los modernos paganos? Ya no levantan aras al Dios Desconocido, porque Dios, o no existe, o no interviene para nada en el gobierno del mundo, o nada podemos saber de él, porque no existe puente entre nuestras ideas y las realidades que están fuera de nosotros. Nos hemos de encoger de hombros; es el agnosticismo.

¿Queréis algo más anticuado que hablar del pecado? El pecado es imposible, porque el hombre no está sujeto ni puede estarlo a ley alguna; y si el mismo Dios, dado que existiese, se presentase en forma visible, la primera obligación del hombre sería negarle la obediencia. (Dict. Apolog. "Laïcisme" Col. 1783).

¿Invocaría el Apóstol los derechos de la Moral? Se le respondería con las palabras de Lenine: "Nosotros rechazamos toda moral que no tenga por principio la lucha de clases. Creemos que la moral está absolutamente identificada con los intereses de la lucha de clases por el proletariado. Nuestro gran principio es éste: MORAL ES TODO LO QUE SIRVE PARA DESTRUIR LA ANTIGUA SOCIEDAD DE EXPLOTADORES" (Lenine. En el III Congreso de la Juventud Comunista. Citado por Etudes. 5, XI, 1936).

¿Les hablarán de las grandes esperanzas de felicidad, de la inquietud del corazón que nos dice siempre: MAS ALLA? Para el mundo sin Dios y sin alma no hay más felicidad que la felicidad de los sentidos, ni más inquietud que carecer de los medios para satisfacer las pasiones de la bestia. El "infelix ego homo" del Apóstol, no tiene sentido para la generación neopagana, el más grande enemigo del Cristianismo en todos los tiempos de su historia.

La separación brutal del ser humano y del ser religioso, tiene por fundamento la autonomía de la razón que ha sido formulada con estas lapidarias palabras: "EXTINCTIS DIIS, EXTINCTO DEO, SUCCESSIT HUMANITAS".

Y si queréis expresarlo con palabras de blasfemia nos lo formulará Marie Jean Flourens: "Nuestro enemigo es Dios, y el odio a Dios es el principio de la sabiduría" (Descocs-Praelectiones Theologiae Naturalis II, pág. 446).

Los tiempos torturados con estas blasfemias, son de verdad tiempo nuevos, los investigadores no los hallarán en las edades remotas; es necesario llegar a la Revolución. Son los tiempos nuevos para los cuales ha reservado Dios, como un nuevo Pentecostés, la devoción del Sagrado Corazón.

¿Quedará frustrado el plan de Dios? ¿Podrá la Revolución impedir la divinización del hombre por Jesucristo? Nos dice nuestro Redentor que reinará a pesar de sus enemigos, y que reinará por su Corazón. Esta promesa verdaderamente extraordinaria, la Iglesia, maestra de prudencia, la admite, la predica, funda en ella sus esperanzas "omnes collocandae spes", como dice León XIII; llama a todos los cristianos para que se consagren a este Corazón; bendice a los que trabajan para extender este reinado de amor.

Como un nuevo Pentecostés, el mundo se salvará por la devoción al Sagrado Corazón, porque así Dios lo quiere, así lo ha manifestado y ¿quién osará pedir a Dios las razones de sus designios?

Con todo, humildemente podemos recordar palabras evangélicas. Grande misterio tendría el Corazón traspasado en la cruz cuando el Evangelista, testigo de vista, lo testifica con tanta energía y también nos dicen cómo todo debemos esperarlo del Corazón de Jesús unas palabras dichas por el Maestro en ocasión solemnísimas y que comenta ampliamente la revista "Verbum Domini", del Instituto Bíblico, vol. 21, N. 12. Dic, de 1941, pág. 327.

El Evangelista San Juan nos presenta a Jesús envuelto en discusiones ásperas durante la fiesta de los Tabernáculos. "En el último día de la fiesta, que es el más solemne, Jesús se puso en pie y en alta voz decía: "Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. Del seno de aquel que cree en mí manarán, como dice la Escritura, ríos de agua viva." (Joan, 7, 37, 38).

La palabra griega KOILIA significa corazón y en este sentido comenta el Cardenal Toledo: "El corazón significa el interior del hombre. Se le da el Espíritu Santo fuente viva del cual proceden innumerables ríos que son los dones y las virtudes."

Ahora bien; es evidente que el corazón del creyente nada puede dar de sí; sólo puede comunicar algo de lo que ha recibido de la plenitud que es Cristo. (Joan, 1, 16). "Et de plenitudine ejus omnes nos accepimus".

Largo sería, y está en la memoria de todos, citar los textos en que Jesucristo dice que El da el agua que apaga la sed. (Joan 4, 14).

Por tanto, y sin más comentarios, podemos asegurar que es el Corazón de Cristo la fuente manantial de la cual derivan los ríos que llevan a todos los creyentes la salvación, la santidad. Es el nuevo Pentecostés de la gracia.

¿Pues qué será si admitimos que el texto citado se refiere a Cristo y que debe leerle así, como ampliamente y con abundante documentación lo demuestra H. Rahner en el artículo citado?

"Quien tenga sed venga a mí y beba quien crea en mí.

Como dice la Escritura, de su corazón manarán ríos de agua viva.

Reproducir la documentación patristica en que apoya su puntuación, nos llevaría muy lejos de nuestro intento; siempre será verdad que es el Corazón de Cristo la fuente de todas las gracias de santidad para los creyentes.

Si queremos penetrar en los designios de Dios al dirigirnos hacia el Corazón del Verbo Encarnado, hallaremos la respuesta en las palabras del Maestro: "Mat. 11, 25) "Abscondite haec a sapientibus et prudentibus et revelasti ea parvulis".

Exige Dios la humildad; humildad en la recepción de los sacramentos; humildad en la oración; humildad en esperar la salvación de un Corazón de carne:

"Visus, tactus, gustus in te fallitur Sed auditu solo tuto creditur".

Sabemos que este Corazón de carne está unido personalmente con el Verbo; pero esta misma fe: ¿no es un acto de humildad?

Agradecemos la condescendencia de Dios nuestro Señor, el cual se digna acomodarse a nuestra manera de ser. Compuestos de materia y espíritu, necesitamos señales sensibles para conocer la acción interna de la gracia.

En esta nueva edad del mundo, tenemos necesidad de un nuevo símbolo de redención; "el Corazón de Jesús oprimido con la cruz, envuelto en llamas. En Él todas nuestras esperanzas, a Él se ha de pedir y de Él se ha de esperar la salvación", como escribió León XIII en un momento solemne de la Historia, al fin del siglo XIX, que iba a su ocaso, dejando abierta la puerta a la Revolución, agravada por la lucha de clases.

Juan Serrat, S. J.

Los deberes sociales y la devoción al Sagrado Corazón de Jesús

La virtud, que tiene por objeto el cumplimiento de los deberes sociales, es la justicia: la justicia con las virtudes que se le allegan tiende a la ordenada convivencia de unos hombres con otros: dice siempre orden a otra persona y relación a un deber: inclina firmemente la voluntad humana a dar a cada uno su derecho, lo que le es debido. Analizando, pues, el concepto de esta virtud, conoceremos plenamente los deberes sociales. De justicia en general quien más ampliamente trató en teología fué Santo Tomás. Los comentaristas han sido numerosísimos. Nosotros en este artículo tomaremos por guía al maestro común, resumiendo su doctrina.

Siendo la sociedad civil como un cuerpo moral en que la cabeza es el poder supremo, se distinguen en él tres relaciones especialmente diversas: de la cabeza a los miembros, de los miembros a la cabeza y de los miembros entre sí; y como el cuerpo físico no podría existir o existir convenientemente sin que los miembros con el cuerpo y éste con ellos guardasen la coordinación y subordinación correspondientes, así proporcionalmente debe decirse del cuerpo social y de sus componentes.

Santo Tomás prefirió a la del cuerpo la comparación del todo y sus partes: la comunidad política es el todo, los particulares las partes; hay, por consiguiente, relación del todo a las partes, de las partes al todo y de las partes entre sí (1). Lo que pretende, pues, la virtud de la justicia es lo debido a cada uno: ésta es la razón común por la que todos los objetos particulares entran en los dominios de esta virtud.

Dicho deber es distinto: de aquí las diferentes clases en que se desenvuelve la justicia. El deber que funda un derecho estricto, como lo es el de propiedad: el deber que corresponde a un derecho de condignidad; el deber, que exige el derecho, que tiene la sociedad de procurar el bien común. De aquí las tres especies en que se divide la justicia considerada como un todo genérico: éstas encierran el concepto genérico y entre sí se distinguen por la diferencia llamada específica.

La justicia distributiva es la que inclina la voluntad del Superior a repartir entre los particulares los empleos y bienes comunes en proporción a los méritos de cada uno y asimismo las cargas comunes en proporción a la capacidad de cada uno.

La justicia legal es la que inclina la voluntad de los miembros de la sociedad a dar a ésta lo que le es debido para el bien común.

La justicia conmutativa es la que inclina la voluntad de un particular a dar a otro particular en cantidad igual lo que le debe.

Pero ¿es completa esta división?, ¿a cuál de ellas pertenece la *justicia social*? ¿O es ésta alguna justicia nueva distinta de las tres citadas? No habla Santo Tomás de la justicia social con tal nombre, pero la cita y la conoce. Teólogos, moralistas y sociólogos enseñan cómo la idea de justicia social está, como en germen, en la justicia legal de Santo Tomás. Los defensores de esta doctrina son hoy legión (2). La justicia social no es sino una nueva manifestación lógica de lo conocido y existente. Estudiando los mismos textos pontificios, cree el padre Noguera que puede efectivamente reducirse la justicia social a alguna de las tradicionales (3).

Expuesta la naturaleza de la virtud de la justicia y las especies de ella o *partes subjetivas*, como las llama Santo Tomás, entra el Santo en el examen de las demás virtudes anejas a aquella, completando de esta manera el estudio de todos los deberes sociales.

Todas las virtudes, que dicen relación a otro, pueden por razón de esta relación allegarse a la justicia; pero como la noción estricta de esta virtud exige que a otro se devuelva por igual lo que se le debe, de dos maneras las virtudes, que dicen relación a otro pueden dejar de participar de la razón perfecta de lo justo: o porque no pueden devolver a otro con igualdad lo que le deben, o porque no devuelven lo que es *propriadamente* debido: así lo que a Dios Nuestro Señor le devuelve el hombre, es deuda, pero no la devuelve por igual, de modo que le devuelva tanto cuanto le debe, como se dice en el salmo 115, v. 3. ¿Cómo retribuiré al Señor por todo lo que Él me ha dado? De modo semejante a los padres no se les puede recompensar con igualdad lo que se les debe. Conforme a esto se dicen allegarse a la justicia las virtudes de la religión, piedad, observancia o respeto y obediencia.

Otras veces devolvemos a los demás no lo que pide un deber estricto, sino un deber por lo menos de aquellos que se denominan de congruencia, de conveniencia, de decencia.

Según esto se allegan también a la justicia las virtudes de la veracidad, agradecimiento, propia defensa, fidelidad, afabilidad, liberalidad, misericordia, equidad (4).

Analizadas ya las virtudes anejas a la justicia como *partes casi potenciales*, estudia por fin Santo Tomás todos los elementos que reunidos constituyen el acto perfecto de la virtud y de los cuales tal acto se compone, esto es, las *partes casi integrales*, como él las llama. *Son éstas hacer el bien y evitar el mal.*

Tomadas estas acepciones en general, el hacer el bien y evitar el mal es propio de toda virtud; pero es exclusivo de la virtud de la justicia hacer el bien para con el prójimo bajo el concepto de debido y evitar el mal puesto, es decir, lo que es nocivo a los demás: uno y otro se requiere para el perfecto acto de justicia; porque a la justicia toca establecer igualdad en lo que a otros se refiere y una vez establecida, conservarla. Ahora bien, se establece la igualdad justa, haciendo el bien, es decir, dando a los otros lo que se les debe: se conserva la igualdad de la justicia, apartándose del mal, a saber, no haciendo al prójimo daño alguno (5).

Santo Tomás por medio de un análisis sencillo y completo nos ha dado idea cabal de la justicia, virtud eminentemente entre las morales, que son las que próxima e inmediatamente tienden al bien común; virtud social por excelencia, ya que la templanza y fortaleza se ordenan a la purificación y robustecimiento del alma; la justicia a la ordenada convivencia de unos hombres con otros. Virtud que sirve de criterio práctico y seguro para apreciar la vida moral íntegra del hombre, que anda *sine quaerela* irreprochablemente (6); virtud cuyo cumplimiento lo es igualmente de todos los deberes sociales. Pío XII en la Carta Encíclica, que acaba de publicar el 15 de abril último, dice: "Obra justamente, aléjate del mal y sigue el bien, que esto significa amar la justicia".

(1) 2. 2. q. 61 a. 1, 5.

(2) La moral del hombre de negocios. J. Azpiazu, S. J. c. II, p. III, (b)

(3) La Encíclica «Quadragesimo anno» t. 2, pp. 253-279

(4) 2. 2. q. 80 5.

(5) 2. 2. q. 79. a. 1. 3.

(6) S. Lucas. Evangelio - c. 1, v. 6.

El Sagrado Corazón de Jesús, modelo de justicia

Así nos lo revela el Padre, al introducir a su Primogénito en el mundo, anunciado por los profetas.

"Al Hijo le dice: El trono tuyo, ¡oh Dios!, *subsistirá* por los siglos de los siglos: cetro de rectitud, el cetro de tu reino.

Amaste la justicia y aborreciste la iniquidad; por eso, ¡oh Dios!, el Dios y *Padre* tuyo te ungió con el óleo de júbilo mucho más que a tus compañeros" (7); o sea más que a todos cuantos se te han asociado o que por naturaleza humana son hermanos tuyos y coparticipes de tu gloria: a ti te ha comunicado el Padre toda la plenitud de su gracia y dones.

Jesucristo, dechado por excelencia de humildad, fundamento de la justicia

Según comenta San Agustín (8), toda la vida de Cristo en la tierra fué enseñanza moral, pero sobresaliente entre todas las virtudes como digna de más particular imitación la humildad: "Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón". (Mat. c. II. v. 29). Ahora bien, es la humildad base de la justicia. Así lo enseña Santo Tomás: "La humildad es fundamento de todo el edificio espiritual, en cuanto aparta lo que estorba, esto es, en cuanto expulsa la soberbia, a la cual Dios resiste, y ofrece al hombre sujeto y abierto para recibir el influjo de la divina gracia, en cuanto deshace la hinchazón de la soberbia." La humildad no es antepuesta a la justicia, pero sí a la justicia que anda junto con la soberbia, que ya deja de ser virtud: como por el contrario el pecado se perdona por la humildad, y así San Crisóstomo escribe, (Hom. 5, de *incomprehensibili Dei notione*): "Dame dos coches tirados cada uno por dos caballos: el uno por la soberbia y justicia: el otro por el pecado y la humildad; y veréis el pecado, adelantándose, vencer a la justicia, no por sus propias fuerzas, sino por las fuerzas de la humildad; el otro, empero, lo contemplaréis superado, no por la fragilidad de la justicia, sino por el peso e hinchazón de la soberbia."

La justicia, por lo tanto, ha de ir precedida de la humildad: más aún, la justicia para ser tal virtud debe cimentarse en aquella. Ni sólo la justicia de los particulares, más también la justicia social. Que si necesaria es la humildad individual y privada, no lo es menos la humildad social y pública, que corresponde a la sociedad en cuanto tal. Siempre será cierta aquella sentencia de la eterna verdad: "Todo el que se ensalza, será humillado" (9): ¿o es que tratándose de una sociedad de hombres será verdadera la sentencia contraria y que cuanto más ella se ensalce, tanto más será ensalzada de Dios en dones y gracias más copiosas?

El Sagrado Corazón, horno ardiente de caridad

Pero las relaciones más íntimas y profundas entre el cumplimiento de los deberes sociales y la devoción al Sagrado Corazón de Jesús las hemos de buscar en la conexión estrechísima entre las virtudes de la justicia y de la caridad.

Lo propio de la justicia, escribíamos antes con Santo Tomás, es lo bueno bajo el concepto de debido. Ahora bien, sobre el deber dictamina la razón, que íntima a la voluntad su cumplimiento: espíritu bueno, pero un tanto encogido, como de deber, de deuda, que hay que satisfacer. En ayuda, pues, de la justicia, que salvaguarda derechos y deberes sociales, ha de venir la caridad, pero no precisamente inspirando y obligando, sino como un

encendimiento afectivo del corazón, libre, dilatado, consolador.

De este amor es modelo, estímulo y ayuda el Sagrado Corazón de Jesús. En la contemplación serena y luminosa del amor divino y de la divina misericordia, sensibilizados en este Corazón, que tanto ha amado a los hombres, hallaremos la elevación y amplitud de la caridad para con los demás, el amor vehemente y dilatado, no encogido ni apretado, pero sólido y bien fundado, cumplidor de los deberes todos, especialmente de los deberes sociales, no divagando fuera del carril, sino encauzado y ordenado, atento siempre al cumplimiento de la justicia íntegra haciendo lo bueno y apartándose de lo malo (10). "Si me amáis guardad mis mandamientos" (11).

Los Sumos Pontífices, que con tanta frecuencia en estos nuestros tiempos, se han visto obligados a recordarnos las obligaciones impuestas por la virtud de la justicia, han tenido especial cuidado en mostrarnos la trabazón estrecha e insustituible de ella con la caridad. Contentémonos con citar algunas afirmaciones escritas con ocasión de la Semana Social de París (7 de julio 1928), a Eugenio Duthoit: "La caridad en vez de debilitar el reino de la justicia, lo realiza. Las virtudes morales necesarias al orden social, toman de la caridad su secreta fuerza... En la medida que la caridad triunfe del egoísmo, el sentido social se afina y la justicia social—esa virtud que ordena al bien común los actos exteriores de todas las demás—adquiere más viva fuerza..."

Pío XII, concedor profundo de las grandes necesidades de hoy y de sus remedios eficaces, escribe la Carta Encíclica sobre el cuerpo Místico de Jesucristo y de nuestra unión con El, con Cristo. El camino para la justicia es la caridad, la caridad cual la enseñó y practicó aquel Corazón que tanto ha amado a los hombres y que nada ha dejado de hacer hasta agotarse y consumirse para testificarles su amor.

De nuevo, el 6 de enero último dice el Papa Pío XII en su carta al Episcopado francés: "Desearíamos... ver que todas las actividades se apoyan en la base de esa auténtica caridad... que es indispensable para reconstrucción de un mundo sacudido hasta sus cimientos".

Corazón de Jesús receptáculo de justicia y de amor, ten misericordia de nosotros, repetimos con la Santa Iglesia.

Ningún conflicto parece más real y más insoluble, que el que produjo el pecado de Adán entre el amor a la propensión bienhechora de Dios y su vengadora justicia. Sabemos por la fe, cómo se hizo la conciliación en la Humanidad del Verbo.

Esta invocación celebra juntamente al Corazón de Jesús como lugar donde se dieron ósculo de paz la justicia y el amor.

Un receptáculo es, propiamente hablando, un lugar en que se juntan cosas venidas de diversas partes.

La justicia y el amor, salidas de partes, que parecían las más alejadas entre sí, vienen a encontrarse en el Corazón de Jesús; y sus voces, hasta entonces discordantes, armoniosamente se mezclaron y en adelante la justicia misma atrae sobre nosotros los beneficios de la divina bondad.

Esta santa y admirable alianza de la justicia y del amor se halla también en aquellos que con sincero y humilde arrepentimiento: "dirigen sus ojos hacia Aquél a quien traspasaron" (S. Juan, Evangelio, c. 19, v. 17). Estos oyen la voz del Señor y siguiéndola, sienten en su vida la eficacia de aquella invitación y segura promesa del Sagrado Corazón: "Venid a mí todos...: yo os aliviaré". (S. Mateo, c. 11, v. 28) (12).

José M. Murall, S. J.

(7) Hebreos. c. I, vv. 8-9.
(8) De Vera Religione, 6. 16.
(9) S. Lucas, c. 14, v. 11.

(10) P. Orlandis —Revista Manresa— 1935 pp. 118 sig.
(11) S. Juan, Evangelio, c. 14, v. 15.
(12) Vermeersch. S. J. Práctica y Doctrina de la Devoción al Sgdo. Corazón, T. II.

«REINARÉ EN ESPAÑA Y CON MAS VENERACIÓN QUE EN OTRAS PARTES»

La conmemoración jubilar de la Consagración de España al Sagrado Corazón de Jesús, que culminará en este mes de mayo con su solemne renovación en el Cerro de los Angeles, coloca en un plano de primera actualidad la célebre promesa del *Reinaré*.

¿Quién la oyó y en qué circunstancia?—¿Cuál es el texto original? — Explicación. — Autenticidad. — Verificación de la misma, son otros tantos puntos que desarrollaremos breve pero íntegramente en este número de CRISTIANDAD.

¿QUIÉN OYÓ EL «REINARÉ»?

El P. Bernardo F. de Hoyos, S. I., nacido el 21 de agosto de 1711 en Torrelobatón (Valladolid) que después de estudiar en los Colegios de la Compañía de Medina y Villagarcía, entró en el Noviciado en esta misma población el 11 de julio de 1726. Siguió los pasos ordinarios de su formación religiosa y literaria en Villagarcía, Medina y Valladolid. Se ordenó de sacerdote el 2 de enero de 1735 y pasó muy santamente a mejor vida en Valladolid el 29 de noviembre de 1735. Breve fué su vida —de solos veinticuatro años— más “llena de tantas misericordias y gracias sobrenaturales del Señor, que sólo un Dios infinitamente amante de las almas puras podría amontonarlas en una larga vida” (P. Loyola).

Había sido en el siglo, “modelo de inocencia, piedad y aplicación al estudio” (P. Astrain). Ya religioso “...fué un joven de virtud singularísima... de perfectísima obediencia con la que se entregó totalmente a la dirección de los superiores, no desviándose de ella ni un punto y manifestándose confiadamente todas sus cosas y aun las ilustraciones que recibía de Dios para no apartarse en lo más mínimo de la perfección; de castidad angélica... Ejercitó siempre la humildad... Fué ilustrado por Dios con el don de una altísima contemplación, predijo muchas cosas futuras que se verificaron con el tiempo y penetró más de una vez los secretos de corazones ajenos...” (P. Manuel del Prado).

CIRCUNSTANCIAS Y TEXTO DE LA REVELACIÓN

Estamos en el 14 de mayo de 1733. Cuenta el Hermano Hoyos 22 años y es estudiante muy aventajado de Teología. Leamos el *autógrafo* del P. Loyola, (L. III, cap. I, p. 116): “El día de la Ascensión del Señor se repitió la misma visión del Corazón Santísimo de Jesús, pero con circunstancias más particulares que me obligan a referirla con las mismas palabras del Joven: “*Después de comulgar* (escribe Bernardo), tuve la misma visión referida del Corazón, aunque con las circunstancias de verle rodeado de la corona de espinas y una cruz en la extremidad de arriba, ni más ni menos que la pinta el P. Gallifet; también ví la herida por la cual parece se asomaban los espíritus más puros de aquella sangre, que redimió el mundo. Convidaba el divino amor Jesús a mi corazón se metiera en

el suyo por aquella herida, que aquél sería mi Palacio, mi Castillo, y Muro en todo lance. Y como el mío aceptase, le dijo el Señor: *¿No ves que está rodeado de espinas y te punzarán?*, que fué irritar más el amor, que introduciéndose a lo más íntimo, experimentó eran rosas las espinas. Reparé que además de la herida grande, había otras tres menores en el Corazón de Jesús, y preguntándome si sabía quién se las había hecho, me trajo a la memoria aquel favor con que nuestro amor le hirió con tres saetas. Recogida todo el alma en este Camarín Celestial, decía: “*Haec requies mea in saeculum saeculi, hic habitabo quoniam elegi eam*”. Dióseme a entender que no se me daban a gustar las riquezas de este Corazón para mí solo, sino que por mí las gustasen otros. Pedí a toda la Santísima Trinidad la consecución de nuestros deseos, y pidiendo

esta fiesta en especialidad para España, en quien ni aún memoria parece que hay de ella, me dijo Jesús: *Reinaré en España, y con más veneración que en otras muchas partes*”. Hasta aquí las palabras de nuestro Joven. (Véase el autógrafo y la fotografía en *Razón y Fe*, t. 102, p. 23).

La fidelidad literal de la copia es indudable. Protesta el P. Loyola a su comienzo: “Que va a referirla con las mismas palabras del Joven”, y añade: “escribe Bernardo”; señala todo el escrito entre comillas; y como si esto fuera poco, subraya los principales rasgos del documento, y al terminarlo vuelve a repetir como al comienzo: “Hasta aquí las palabras de nuestro Joven”.

Aunque se hubiera propuesto expresamente el biógrafo acreditar la fidelidad de la copia, no hubiera procedido con mayor cautela y exactitud; así que es indudable que el texto original de la gran promesa fué concebido en estas literales palabras: *Reinaré en España, y con más veneración que en otras muchas partes*.

ACLARACIONES

Así escribe el P. Guillermo Ubillos, S. I., a vista, no de la vida compuesta por el P. Uriarte, sino del autógrafo mismo escrito por el P. Loyola cuya descripción puede verse en *Razón y Fe* (t. 102, pp. 24-26). Porque es de saber que el benemérito P. Uriarte no se limitó a imprimir aquél en su “Vida del P. Hoyos” sino que publicó ésta “arreglada y aumentada de como la escribió y dejó inédita el P. Juan de Loyola”. Hemos preferido copiar el texto mismo del autógrafo por ser más eficaz para nuestro propósito a tomar la cita del P. Uriarte (Edc. 2.ª, páginas 250-251).

¿*Reinaré* o *reinará*? “Reinaré”, escribe el P. Loyola en su manuscrito. En cambio en casi todas las ediciones del *Tesoro Escondido*, publicado por el mismo Padre (por ejemplo, en la octava —1738— que tenemos delante) dice “reinará” en tercera persona. ¿Cómo así? El competente P. Uriarte sospecha que es un yerro de imprenta: *reinará* por *reinaré*. En fin de cuentas ninguna importancia revisite la cuestión. “Me dijo Jesús *Reinaré en España*”, es decir *por mi Corazón* (ya que de esta devoción se trata-



ha). Esto viene a ser lo mismo que "me dijo Jesús *reinará en España*", es decir será mi Corazón el que reine.

¿Cómo se divulgó la Gran Promesa? Oyóla el dichoso joven de labios de Jesús el 14 de mayo de 1733, fiesta de la Ascensión del Señor. Comunicóla a sus santos amigos y cooperadores en la difusión de la en España nueva devoción para animarlos en la noble empresa, con la esperanza cierta del éxito. Pero, naturalmente, no se podía dar a la publicidad viviendo él. Consignó por escrito enseguida con la máxima fidelidad el gran mensaje en un manuscrito cuyo original lamentablemente ha desaparecido, como todos sus escritos. Pero su experto director lo trasladó fielmente al manuscrito de su vida. Pasado a mejor vida el confidente de Jesucristo el 29 de noviembre de 1735, ya pudo darse a los cuatro vientos la noticia de su admirable vida para contar los principios en España de la nueva devoción. Así lo hizo el P. Loyola en la primera edición del *Tesoro Escondido*, publicada después de su muerte, el 1736 y en todas las siguientes.

OTRA CUESTIONCILLA

Tanto el manuscrito del P. Loyola como la Vida del P. Uriarte dicen: "...con más veneración que en otras muchas partes". ¿Por qué no se conserva la palabra *muchas* en la redacción ordinaria? Porque el mismo P. Loyola la omitió en todas las ediciones del *Tesoro* y porque poco importa que se ponga o se omita. "Nadie afirmará, dice Uriarte, que España hubiera de llevar ventaja a todas las demás naciones en su devoción al Corazón de Jesús. Nadie leerá *con más veneración que en todas las otras partes*". No seamos presuntuosos.

¿ES AUTÉNTICA LA GRAN PROMESA?

Vengamos al punto principal y más saliendo este artículo en una revista seria y científica como CRISTIANIDAD. ¿Tenemos motivos poderosos para creer que es cierto que la oyó el seráfico joven de labios de Jesucristo? Sí, afirmamos categóricamente. El dudarle sería contra todas las leyes de la lógica.

Testimonio del P. Hoyos. — Es tan categórico como ineludible. "La vida de aquel joven cortado en flor o por mejor decir trasplantado a la patria celestial para vivir entre los ángeles, cuya pureza había imitado en la tierra" (Astrain) y sus virtudes heroicas bien probadas rechazan la mera hipótesis de que fuera un impostor.

Ni tampoco pudo ser víctima de una autosugestión, ¿cómo lo había de ser un joven que según este exigente historiador, fué de "ingenio vivo y despierto", modelo de aplicación al estudio, de aventajado talento y de una prudencia impropia de sus años? "En verdad, llama la atención al seso y madurez con que reflexionaba sobre este negocio (alude a la fundación de la primera Congregación) y la prudencia con que tomaba las precauciones para el feliz logro de la empresa que meditaba".

Nótese además que el destino peculiar y providencial del dichoso joven fué el ser el *primer apóstol oficial en España* de la nueva devoción. Esto es innegable. El mismo P. Astrain, como resumiendo los testimonios, añade: "El Señor le eligió como principal instrumento para propagar en España la devoción al Sagrado Corazón de Jesús". Salta de la simple lectura de su vida y huelga el demostrarlo.

Militan en favor de la autenticidad todos los testigos que nos garantizan la verdad de los favores del seráfico joven:

El P. Agustín de Cardaveraz (1703-1770) que fué su íntimo confidente y aun director y aprobó plenamente su espíritu y aun a pesar de ser superior a él en años y aun en estudios (estudiaba Teología cuando ingresaba en el

Noviciado el H. Bernardo) reconoció tan claramente la vocación de éste que no sólo la aprobó sino, que muy humildemente se sujetó a él como a su adalid para la realización del Reinare;

El famosísimo misionero P. Pedro de Calatayud (1689-1773) que también aprobó sin restricciones el buen espíritu y la extraordinaria vocación del P. Hoyos y con él mantuvo frecuente correspondencia y aun le obedeció él, el varón fuerte, el incomparable misionero, al joven filósofo, muchas veces en sus indicaciones y avisos;

El P. Juan de Loyola (1704-1762), Profesor de Teología y Filosofía, Rector de varios Colegios, muy experto director de almas que llegó a muy alta santidad por los duros caminos de las pruebas interiores. Y lo que hace más a nuestro caso: el más íntimo confidente de sus cosas, el destinado por el cielo como director del P. Hoyos, los nueve años que éste vivió en la Compañía, por los intrincados y difíciles caminos que había de seguir para el logro de su vocación. Este Padre fué, sobre todo, el conducto por donde nos llegó la noticia del Reinare. Hemos leído antes su testimonio en favor de su verdad "una fuerza probatoria tal, que no es posible rechazarla y ni aun ponerla en tela de juicio".

No queremos ser prolijos. Nada diremos, por lo tanto, de los testimonios del P. Francisco de Rábago, Profesor en Roma de Filosofía y Teología "célebre y eminente político", Provincial de la de Castilla, Rector de San Ambrosio en Valladolid y conecedor de los favores que recibía del cielo el P. Hoyos cuando oyó el gran mensaje y aun favorecedor de sus planes.

Ni del P. Manuel del Prado, Provincial de Castilla, cuando en San Ambrosio resonó la feliz nueva, y Rector de San Ignacio, cuando en él comenzó su Tercera Probación el primer apóstol, y cuando en él expiró entre sus brazos. Escribió sus dos famosas *Cartas de edificación* en que patentiza la alta estima que se había formado de la solidez del espíritu y de la verdad de los dones sobrenaturales con que el Señor le distinguió.

Ni del de otros muchos Padres que le trataron muy íntimamente.

¿No luce con su propia luz, la luz de la evidencia, la verdad objetiva, histórica, de la revelación del *Reinare*? Las razones que hemos indicado, siguiendo al P. Marcelino González, S. I., "alejan toda sospecha de superchería y aun de ilusión. Encerrarse en una duda excéptica y encapricharse en una arbitraria negativa, es inadmisibles en sana crítica, es creer imposible la historia. Porque ¿habrá en ella sucesos tan probados, tan averiguados y tan ciertos como los que nos ocupan?

LA HISTORIA POR LA VERDAD DEL «REINARÉ»

"...aunque *reinará finalmente*", aseveraba el primer adalid del Corazón de Jesucristo en España después de saber por luz de lo alto las gravísimas dificultades que a su reinado se habían de poner. Y éste se abrió efectivamente camino con una pujanza que acreditaba de divina la Gran Promesa.

Dióse de lleno el P. Hoyos a discurrir arbitrios para su realización; habló con lenguaje de fuego a sus confidentes y amigos jesuitas y aun a Padres muy superiores a él en años y cargos de gobierno, que todos se le rindieron y aún reconocieron como a su capitán. Obligó a su P. Loyola a escribir el *Tesoro Escondido*; lo divulgó por todas partes y aun introdujo en el Palacio Real donde "se vió muy luego la devoción al Corazón de Jesús no sólo extendida en palacio sino entronizada en los corazones reales"; urgió al P. Calatayud a la fundación de Congregaciones. "Son tantas, que sólo los misioneros de nuestra Compañía de Jesús de esta Provincia de Castilla han fundado muchos centenares". El mismo P. Hoyos afirmaba

gozoso cuatro meses antes de morir que había visto “cumplidos en dos años los deseos que no pensaba ver satisfechos, en el curso regular, por muchos años”. En fin: “En poco más de dos años (escribía en 1736 el Padre Loyola) no ha quedado Provincia, reino ni ciudad apenas de nuestra ínclita nación que no haya recibido con piadoso aplauso y sagrado empeño la devoción al Sagrado Corazón de Jesús”.

Más ¿a qué seguir adelante? ¿No están en la memoria de todos los continuos progresos de la preciosa devoción en nuestra Patria? ¿No recordamos la entusiasta conmemoración —a pesar de gemir bajo el yugo de la República— del II Centenario de la Gran Promesa el 1933? ¿Qué fué nuestra guerra sino una verdadera Cruzada por el Reinado del divino Corazón? ¿No estamos

gozando de los gloriosos avances posteriores de Cristo Rey, favorecidos de mil modos por nuestro providencial Caudillo y por su cristianísimo Gobierno? ¿Qué son estas gloriosas gestas sino la más categórica y rotunda afirmación de la autenticidad evidente, de la verdad histórica de la Gran Promesa del Reinare? Y la solemne y jubilosa celebración de las Bodas de plata de la Consagración de España y los entusiastas aprestos para restaurar más espléndido que el derrocado el *Monumento-recuerdo* de la misma, ¿qué son sino la entusiasta, la anhelante respuesta de la España católica al Corazón de su divino Rey?—*Sí; reinad en España y con más veneración que en otras partes.*

José M.^a S. de Tejada, S. I.

Redactor de «El Mensajero del Corazón de Jesús»

UNA CONSPIRACIÓN UNIVERSAL

El P. Ramière escribía a mediados del pasado siglo XIX:

Llegamos pues a la hora decisiva, a la crisis suprema que habrá de fijar los destinos de la humanidad. La magna conspiración que desde hace siglo y medio trabaja para destruir el reinado de Dios y de Jesucristo, celebra ya su triunfo; y todo parece, en efecto, garantizarle su proximidad. Ella abraza, en sus inmensas redes, a la humanidad entera. Introducida por una culpable ceguera en los consejos de los reyes, donde mina sus tronos, y dominando con sus intrigas a los gobiernos que no se le someten docilmente, dispone de sus tesoros, de sus ejércitos, de sus recursos inacabables.

La prensa recibe sus inspiraciones, y por sus innumerables órganos, gobierna a su antojo a la opinión pública, verdadera soberana de los pueblos modernos. Tiene a sus órdenes a todas las sociedades secretas, desde la masonería burguesa hasta la internacional obrera; y por antagónicas que parezcan entre sí, sabe ponerlas de acuerdo para el logro de su obra, con su apoyo ha logrado borrar sucesivamente a Dios y a Jesucristo de las leyes, de las instituciones públicas, de la ciencia, de la educación superior, de la industria. He aquí que también los expulsa de la enseñanza primaria y de consiguiente, del alma y del corazón de las nuevas generaciones. De lograrlo, Jesucristo no representará ya nada para los pueblos, que todo se lo deben; y las naciones que en otro tiempo formaban la Cristiandad mostrarán al mundo un espectáculo todavía inédito, el de una sociedad sin Dios.

Una alternativa solemne se presenta a cada nación, a cada persona en este mundo. Todos deben escoger entre la sumisión a Dios o la rebelión contra su voluntad soberana, y su mérito, al igual que su verdadera gloria, resulta de la fidelidad con que se pronuncien en el sentido de Dios.

Pero, parece llegado el momento en que la humanidad entera es llamada a decidir su elección. Pese a las divergencias y luchas producidas por los intereses particulares, se establece en el mundo entero una gran corriente que arrastra el conjunto de almas con una fuerza cada vez más irresistible. Se trata de averiguar si esta corriente llevará al mundo moderno hacia Jesucristo, o bien si le alejará de El definitivamente.

Amor divino

*Pasaste una mañana por mi huerto,
y en él sembraste flores de pureza
que ahogó entre sus espinas la maleza
de que estaba cubierto.*

*Sentado en el umbral de mi cabaña
te vi pasar, ¡oh Víctima inocente!,
con corona de espinas en la frente,
y en la mano una caña.*

*—En tu huerto brotaron— me dijiste,
señalando la caña y los abrojos:
y, volviendo hacia mí tus tiernos ojos,
caminando seguiste.*

*Otra vez en la calle oí un gemido,
salí ansioso, y te vi junto a mi puerta,
de sangre y de sudor la faz cubierta,
bajo la cruz caído.*

*—En tu huerto han cortado este madero—
me dijiste volviendo a tu porfía,
con una débil voz que parecía
balido de un cordero.*

*Una noche llamaron a mi puerta.
Iba a abrir; mas de pronto arrepentido:
—Será —dije— que el viento la ha movido.
La habré dejado abierta.*

*Me asomé, al despertar por la mañana,
y allí estaba cubierto de rocío
esperando que abriera el Amor mío
al pie de mi ventana.*

*—¡ Abreme! —desde fuera repetía
con la mano en la aldaba—. Estoy cansado.
La marcha ha sido dura, el viento helado,
y la noche muy fría.*

*—¡ Mira este Corazón que tanto te ama!—
me dijo, al fin, en actitud de ruego,
mostrándome en la mano uno de fuego:
—Amor, amor reclama.*

*Dame el tuyo; por él vine a la tierra
en donde tengo puestos mis amores.
Llego a tu puerta y, sordo a mis clamores,
tu olvido me la cierra.*

*Pero a burlar tus esperanzas hecho,
aún pude resistir a tu porfía.
¡Oh Amor de los amores! ¿Qué tendría,
qué tendría en el pecho?*

*¿Qué tendría, que ciego a tu hermosura
rechacé tus halagos tantas veces,
haciéndote apurar hasta las heces
el cáliz de amargura?*

*Almas, a vuestras puertas ha llamado;
no le hagáis esperar, abridle luego;
mandadle que se siente junto al fuego,
que viene fatigado.*

*Anda enfermo y errante por la tierra,
en donde tiene puestos sus amores.
Llama a una puerta, y, sorda a sus clamores,
el alma se la cierra.*

*Abridle luego. ¿Oís? Otra vez llama.
De su presencia son esas señales.
No es la lluvia que azota los cristales,
no es el viento que brama.*

*¡El es! Abridle, abridle sin recelo.
No le hagáis esperar, ¡harto ha esperado!
por estar con vosotros ha dejado
las delicias del cielo.*

FELIX G. OLMEDO, S. J.



Imágen del Sagrado Corazón de Jesús (fragmento) que se venera en la Iglesia del mismo nombre de los Padres, Jesuitas, de Barcelona

*S*iendo tan abundantes los saludables frutos que el *Apostolado de la Oración* ha dado en el curso de los años y en espera de otros aún más copiosos y benéficos, no debe extrañar que nuestros predecesores lo hayan honrado con hartos elogios. Y Nos mismo, desde el principio de nuestro Pontificado, siempre que se nos presentó la ocasión, manifestamos cordialmente al piadoso Sodalicio nuestra benevolencia y no hace mucho tiempo, en nuestra Encíclica *Mystici Corporis Christi*, hemos querido recomendarlo encarecidamente, como *gratisimo a Dios*.

S. S. PIO, PP. XII
16 de junio de 1944

Corazón de Jesús, en donde están todos los tesoros de la Sabiduría y de la Ciencia

El conocido filósofo ruso Nicolás Berdiaeff es persona a la cual no podemos negar admiración ni tampoco nuestra simpatía. No es él uno de aquellos escritores de moda brillantes y superficiales que con sofisticas y audaces paradojas y tal vez con falacias conscientes saben captarse un partido entre los deportistas del pensamiento y llevarles quizás —Dios lo sabe— a ser instrumentos inconscientes de su perversidad. Tampoco es de aquellos otros, cuyo indisimulable orgullo concentra toda su intención en hacer del talento que Dios les ha dado un pedestal de fama y superioridad. Ni es de aquellos que despreciando toda la sabiduría antigua se presentan como maestros definidores, como si se les hubiera otorgado el monopolio de la ciencia. Ni es por fin de aquellos talentos destructores, que parecen gozarse en las ruinas de convicciones de sentido común que va amontonando la piqueta demoleadora de su crítica insana.

En los libros del autor de "Una nueva Edad Media" se transluce la seriedad de su carácter y el amor sincero de la verdad. Por lo mismo es más de lamentar, que, permitiéndolo Dios, o no haya llegado hasta las fuentes de la verdad o no las haya apreciado según su valor. Hay en las obras de Berdiaeff oro de ley. ¡Cuánto más abundante no sería este oro sin el innegable extravío que le aleja de la verdad de los principios eternos del saber!

Berdiaeff se profesa cristiano y en muchas ocasiones lo parece, pero a esta ilusión sucede el desengaño. No se necesita gran perspicacia para echar de ver que en aquella egregia mente han arraigado los erróneos principios de la llamada ciencia moderna, anticristiana y antinatural. Leyendo las obras de Berdiaeff a la luz de nuestra santa fe es fácil confirmarse en la convicción de que fuera de la Iglesia Católica Romana podrán hallarse fragmentos de filosofía, nunca un edificio sólido y acabado de verdad. Dios permitió que Berdiaeff naciera en el seno de una secta cismática, separada de Roma y atrofiada en su vida cristiana y este es sin duda el origen principal de sus errores. El espíritu de Berdiaeff está envenenado en su raíz por prejuicios nacidos del pseudo-criticismo agnóstico de Kant, y por el sentimentalismo inconsciente, que busca en los instintos del corazón un refugio en el naufragio de la certeza.

Pero Berdiaeff merece el nombre de filósofo en el sentido etimológico de la palabra, porque es de verdad amante de la sabiduría, la ama sin conocer su morada, y da compasión, al oírle aplicar los motes de ingenuo y de cándido a aquellos que saben de cierto dónde mora la sabiduría. Lamentable despropósito en labios de Berdiaeff.

Extrañará de momento a algunos que hablemos de este filósofo en un artículo dedicado a tratar del Sagrado Corazón de Jesús. No lo extrañen. ¿Puedes creer, lector amable, que si una persona dotada por Dios como Berdiaeff, viera en Jesús, no cómo los apóstoles en su día, una fantasma, una mera sombra consoladora, sino un hombre real y verdadero, un hombre de carne y hueso que vive en el cielo interpellando por nosotros no sanaría de la enfermedad de su espíritu? ¿Y qué, si íntimamente se persuadiera que Jesús tiene Corazón, con todo el sentido que esto tiene, con todo lo que esto dice al alma, quedaría en aquel espíritu enfermo rastro de su enferme-

dad? ¿Y qué, si estuviera persuadido que Jesús tiene boca y lengua y que aun viviendo en su vida celeste hubiera querido valerse de estos labios y esta lengua para recordar a los hombres este hecho semiolvidado que Él tiene Corazón?

La metafísica de Berdiaeff

Berdiaeff es más conocido entre nosotros por sus obras de filosofía social e histórica que por sus lucubraciones metafísicas. Algunas de sus obras del primer género han logrado entre nosotros varias ediciones. De las segundas no sabemos que se haya hecho en castellano traducción alguna. Entre estas últimas es notable la que hemos podido leer puesta en francés y que se intitula "Cinc meditations sur l'existence". Impertinente sería hacer en este artículo una reseña de dichas meditaciones. Tan sólo espiquemos de ellas algunas ideas según lo pide el plan del artículo.

En estas meditaciones se declara Berdiaeff partidario de la novísima filosofía existencialista. Entre los secuaces de esta escuela lo cuenta V. M. Kuiper en su conferencia "Aspectos del existencialismo" habida en la Pontificia Academia Romana de Santo Tomás de Aquino e insertada en la Revista de Filosofía del Instituto Luis Vives. Por cierto que el autor de la conferencia hace notar que Berdiaeff es más cristiano que la generalidad de los existencialistas.

Basta tener una idea somera de lo que es el existencialismo para saber que una de las notas distintivas de su metafísica es la de poner el punto de partida y la base de la misma en la *existencia*. Los existencialistas pretenden hacer una metafísica de lo concreto, de lo singular, rehuendo de toda abstracción, de toda generalidad. Aunque esta metafísica quiere ser una reacción contra el idealismo, en realidad parte de los mismos principios que lo han originado, es decir del criticismo kantiano, cuyo inevitable agnosticismo pretende en vano evitar apoyándose en sentimientos e intuiciones inconsistentes. En otros gravísimos errores incurren los existencialistas, que fustiga con razón el autor de la conferencia citada. Consecuencia de tales aberraciones, dice el mismo autor, es la profesión y la propagación de un absurdo pesimismo y un más o menos confesado ateísmo.

Berdiaeff se profesa cristiano, pero su existencialismo está inficionado por el virus del kantinismo y el sentimentalismo. Por esto el cristianismo de su metafísica está más en la ramas que en la raíz y en el tronco, y por lo mismo las ramas de sí bellas y fructíferas para que logran vida verdadera habrían de ser separadas del tronco e injertadas en un árbol de vida sana y robusta. Difícil sería que Berdiaeff se resolviera a practicar semejante operación; tal es el desdén con que mira la filosofía de la Edad Media, predilecta de la Iglesia Católica, la escolástica. Es tan grande la equivocación que padece al juzgar de la filosofía de la Edad Media que no tiene reparo en estampar estas textuales palabras: "Yo me inclino a creer, por muy paradójico que de momento pueda parecer, que la filosofía alemana por sus temas y por la naturaleza de su especulación es más cristiana que la de la

Edad Media la cual fué helénica, platónica y aristotélica por los principios de su reflexión. En aquel entonces el pensamiento todavía no había sido penetrado por el cristianismo. En los tiempos modernos, comenzando por Descartes, el cristianismo se introduce en lo íntimo del pensamiento, y transforma toda la problemática". Esta afirmación es a la verdad tan paradójica que el mismo Berdiaeff se siente obligado a dar una explicación de ella. "No quiere decir esto, añade, que los filósofos alemanes hayan sido mejores cristianos que Santo Tomás de Aquino ni que su filosofía sea enteramente cristiana. Personalmente Santo Tomás (ocioso es decirlo) era mucho más cristiano que Kant, Fichte, Schelling y Hegel. Pero al paso que la filosofía de Santo Tomás —no hablo de su teología— hubiera sido posible en un mundo no cristiano, sólo en una sociedad cristiana podía definirse el idealismo alemán".

A todas luces, por consiguiente, Berdiaeff, habrá de juzgar que es más cristiana que la de Santo Tomás la filosofía existencialista sobre todo corregida y aumentada por él mismo, la que él denomina metafísica personal, metafísica de la personalidad. Tanto es el aprecio que de ella hace, que convierte su difusión en un género de apostolado. Oigámosle en el momento de poner fin a sus meditaciones: "La idea que domina mi vida es la idea del hombre, de su faz, de su libertad creadora, de su predestinación creadora. Tal es el objeto del libro a que pongo fin. Empero tratar del hombre ya es tratar de Dios. Esto es esencial para mí. En el pensamiento patrístico y en el escolástico el problema de la *centralidad* del hombre en realidad no fué propuesto. Esto fué obra del Renacimiento y del Humanismo —Pico de la Mirándola y Paracelso—. Mas ahora ha llegado ya el tiempo de proponer y resolver el problema del hombre, de forma diferente de aquella en que lo propusiera el Renacimiento y el Humanismo, que no rompieron las cadenas del mundo objetivado. Al presente, nuestro pensar se ha hecho más pesimista es más sensible al mal y a los sufrimientos del mundo, no es, con todo, pasivo este pesimismo, no se aparta del dolor del mundo, antes bien lo acoje. Es pesimismo activo y creador. Todas mis obras están consagradas a este solo tema. En esta he intentado fundamentarlo y darle luz por medio de un ensayo de filosofía existencial. Antaño Feuerbach llegando solamente a medio camino, quiso pasar de la idea de Dios a la del hombre. Luego Nietzsche quiso pasar de la idea del hombre a la del superhombre. Ahora es preciso darse cuenta de que pasar al hombre es pasar a Dios. Tal es precisamente el tema esencial del Cristianismo. Una filosofía de la existencia será una filosofía cristiana. Nada pone ella en más alto lugar que la Verdad. Solamente que la Verdad no es la objetividad. La Verdad no penetra en nosotros como un objeto. La Verdad implica la actividad del hombre; el conocimiento de la Verdad depende de los grados de comunidad que puedan darse entre los hombres, de la comunión en el Espíritu".

Con estas palabras da fin Berdiaeff a sus cinco Meditaciones sobre la existencia. Son ellas a manera de colofón y recapitulación de todo el libro, del fin del libro que es el mismo en todas las obras del autor: sanar los males sociales del género humano; el medio, un libro de filosofía existencial, con ribetes e infiltraciones —por no decir más— de subjetivismo gnoseológico con sus inevitables consecuencias. Noble es el fin pero insuficiente y nocivo el remedio.

La tragedia del filósofo

En el umbral de sus meditaciones pone Berdiaeff ante los ojos del lector un cuadro emocionante: la tragedia

del filósofo, es decir, lo que a vista de ojos se descubre: la tragedia del propio autor. Dos son los enemigos que contra él luchan hasta ponerle en situación poco grata: la religión y la ciencia. De estos dos ataques que el filósofo ha de sufrir sólo el primero puede interesarnos. La ocasión que provoca la guerra de la religión contra el filósofo no es, según Berdiaeff, la esencia misma de la religión, no es la religión en sí misma, sino en cuanto ésta se *objetiva* en una estructura social, en una Iglesia. La religión procede de la revelación; entre la revelación en sí misma y el conocimiento filosófico no puede haber conflicto. El filósofo puede ser creyente. Pero la revelación que es la esencia de la religión se contamina con la reacción de la comunidad humana —que es la Iglesia— a la cual Dios se revela. A causa de esta contaminación se puede dar a la revelación una interpretación sociológica. En su naturaleza original no es conocimiento, nada tiene de cognoscitivo. Solamente viene a ser conocimiento a causa de lo que el hombre le añade. No solamente la filosofía, sino también la teología es un acto de conocimiento puramente humano, es obra exclusiva de los hombres, no de Dios.

Hagamos punto. Según la manera de ver de Berdiaeff, todo conocimiento que la comunidad religiosa —la Iglesia— reputa y define como contenido en la revelación no es otra cosa que una contaminación de la revelación. De donde se sigue que al imponer la Iglesia al filósofo esta su interpretación viola la libertad del filósofo. Es decir, en otras palabras: la revelación no es sino una manera de sentimiento venido de Dios; todo conocimiento concreto que se supone comunicado en este sentimiento ya no es divino sino humano; y no hay autoridad humana —ni la de los teólogos, ni la de la Iglesia— que pueda legítimamente imponerlo en nombre de Dios.

Esta es la realidad de la tragedia del filósofo Berdiaeff, la tragedia de su espíritu ante el temor del anatema de la Iglesia.

Mas nosotros, si nos fuera dado dialogar con él le preguntaríamos: ¿de parte de qué Iglesia teme el anatema? ¿De la Iglesia rusa llamada ortodoxa? ¿De la Iglesia Católica Romana? Si el temor al anatema le viene de parte de la Iglesia rusa, el propio Berdiaeff podía ser juez si el tal temor es o no justificado. Por lo que a la Iglesia Romana se refiere, nos atreveríamos a decirle que en aquella parte de su teoría metafísica, que es más propia de Berdiaeff, la más querida por él, la metafísica de la personalidad, poco o nada tendría que enmendarle nuestra Madre la Iglesia Romana, porque purificada esta teoría de algunos resabios de prejuicios heterodoxos, que ninguna relación esencial dicen con lo esencial de la metafísica de la persona humana de Berdiaeff, ésta no es sino una exposición sentida y brillante de la teoría de la persona humana y de la vida personal que nos ofrece en su inmensa obra filosófico-teológica el *cándido* e *ingenuo* filósofo *objetivista* de la Edad Media, Santo Tomás de Aquino.

La metafísica de la persona

Berdiaeff desarrolla su teoría metafísico-psicológica de la persona humana en la tercera y en la quinta de sus cinco meditaciones. Es a nuestro parecer la parte de su obra más valiosa, no tan sólo porque en ella está más cerca de la verdad, sino porque en ella las palabras del filósofo parecen brotar, no de una fría consideración abstracta, sino de un cálido y comprensivo sentimiento del valor y de la dignidad de la persona humana y de las ansias infinitas de perfección y de dicha, que allí en lo más íntimo de su ser y de su unidad le son tormento, aliento y acicate.

Si leyéramos estas meditaciones —a la tercera y a la quinta nos referimos— sin la justificada prevención que a causa de los errores del autor ya comprobados, necesariamente nos ha de poner en guardia, en no pocos de los párrafos en que se desenvuelven, nos dejaríamos llevar sin recelos de una sincera admiración. Mas advertidos de que para Berdiaeff, y para la filosofía existencialista, muchos de los vocablos de que se valen tienen una significación que los no iniciados, no podemos llegar a captar, porque es tal *nuestra candidez* que nos dejamos vencer del instinto y de la costumbre de objetivarlos, no cuidáramos de limitar nuestra admiración. Pero sabiendo que ni siquiera los vocablos existencia y persona tienen para los existencialistas la misma significación que para nosotros, nos sentimos cautelosos: *latet anguis in herba?* ¿Habrá una serpiente escondida bajo el césped verde y mullido?

Pero como por más que expulses a naturaleza, ella vuelve a retoñar y a reclamar sus fueros, la verdad se impone, y más a una inteligencia como la de Berdiaeff, que la ama, aun sin conocerla. Y por esta razón juzgamos que no es abusivo entender las palabras del filósofo, no en el sentido retorcido que les da cuando cavila, sino en el obvio y natural que no puede menos de darle cuando la naturaleza se le impone.

La *tercera meditación* sobre la existencia, habla del *yo*, de la soledad y de la sociedad o sociabilidad. “El *yo* se define, como lo inmutable a punto de mudarse —inmutable en train de changer—. No podría cambiar en el tiempo, actualizarse, si no tuviera un soporte de cambio, etc.” A la letra esta descripción responde a la realidad; podemos muy bien admitirla.

“La conciencia del *si* (la reflexión del *yo*) es necesariamente la conciencia de *otros*. En su naturaleza metafísica es social. La conciencia del hombre. La existencia del hombre en tanto que se considera como la pura conciencia del *yo*, supone la existencia de otros hombres, del mundo, de Dios”. “El *yo* no existe sino en la medida que se trasciende; parece si queda en *si* mismo sin salida”. Estas últimas frases, que son a todas luces falsas si se trata de una destrucción real del *yo*, tienen profundo sentido moral; significan la necesidad moral y psicológica de salir de sí mismo, lo inmoral, lo absurdo, lo destructor del egoísmo.

“Mientras el *yo* no puede decir *nosotros*, experimenta un sentimiento, punzante, desgarrador de soledad. En el fondo de esta soledad toma conciencia de sí mismo”. “En presencia de un objeto, de todos y cada uno de los objetos, sean cuales sean los lazos que a él le unan, el *yo* está siempre solo. Esta es verdad fundamental. En el seno de mi soledad... siento la nostalgia de la comunión, no con el objeto, sino con el *otro*, con el *tú*, con el *nosotros*... Ontológicamente, la soledad es la expresión de la nostalgia de Dios, de Dios como sujeto y no como objeto, de Dios en tanto que *tú*, y no en tanto que *él*. Sólo en Dios puedo hallar lo que supera esta soledad, alcanzar lo próximo y lo íntimo, un sentido conmensurable con mi existencia. Sólo a Dios puedo yo pertenecer y darme sin reservas, sólo de Dios fiarme en absoluto”.

¿No es verdad que la mayor parte de las frases copiadas podría salir de los labios y del corazón de un San Juan de la Cruz? Pero refrenemos el entusiasmo, ¿qué fuerza tiene aquella expresión “nostalgia de Dios, de Dios como sujeto, como objeto?”. En estas meditaciones de Berdiaeff, se echa de ver una tendencia, que tiene un fondo de verdad, pero que exagerada y en cuanto saca de quicios las cosas, las falsea. Consiste esta tendencia en pensar que sólo la *comunión* en contraposición a la mera comunicación social, es el lazo de unión *existencial* entre persona y persona, es el único lazo de unión verdadero; que toda otra sociedad es objetivada, que no es

entre persona y persona sino entre persona y objetos, entre persona y cosas, entre persona y personas considerados como cosas. Esta falsa idea transpira en la frase que sigue inmediatamente a las últimas transcritas. “Su objetivación, la socialización de mis relaciones con Dios me hacen de El algo exterior, hacen de El para mí una *autoridad*”. ¿Como si la relación de autoridad y de súbditos no lo fuera entre persona y persona como si en ella el que ejerce la autoridad o el que a ella se sujeta quedaran rebajados del nivel de personas, al de objetos y de cosas. Gravísimo error que falsea la idea misma de persona y las relaciones esenciales entre persona y persona. ¿Como si la comunión entre persona y persona sólo pudiera establecerse por el vínculo del amor!

Es verdad verdaderísima que la relación entre Dios y la persona humana, entre las personas humanas entre sí alcanza su perfección cuando se funda en los lazos del amor; es verdad verdaderísima que la soledad humana no se supera definitivamente y perfectamente, sino en el amor y por el amor, no por el amor de mera posesión, sino por el amor de unión. Pero es falso de toda falsedad que no existan entre Dios y la persona humana, entre persona y persona, otros vínculos que, si no son tan perfectos ni tan satisfactivos como los del amor, son necesarios y nobilísimos. Son los lazos que se originan del respeto a la persona. El afecto de respeto, de reverencia, es afecto que a la persona y sólo a la persona es debido, y de él se deriva el respeto a los derechos de la persona. Sólo la persona es sujeto capaz de derechos, sólo la persona tiene capacidad para respetarlos, acatarlos y satisfacerlos. Por donde no es objetivar una persona, sea ésta divina o humana, el considerarla como sujeto de derechos, el acatar su autoridad.

Contiene la *quinta meditación* de Berdiaeff la consideración directa de la persona humana en relación con la sociedad y la comunión. “La persona es categoría axiológica —es decir, de dignidad—, es la manifestación del sentido de la existencia. Por lo contrario el individuo —como tal— no supone la manifestación de tal sentido, la revelación del valor de la existencia”. “La persona no puede ser una parte de un todo cósmico o social”. “La persona, en contraposición a la cosa, es dotada de un valor autónomo y nunca puede convertirse en medio”.

La brevedad de un artículo nos impide seguir a Berdiaeff en toda la extensión de sus meditaciones. Basta lo dicho para que el lector pueda hacerse algún cargo de sus ideas.

En sucinto resumen: El *yo* al tomar conciencia de *si* necesita del *tú* y del *nosotros*. En el mismo Dios necesita hallar un *tú*. Por el amor y sólo por el amor las relaciones entre el *yo* y los demás hombres, entre el *yo* y Dios llegan a ser relaciones de comunión. Sin el amor son relaciones de mera sociedad o comunicación objetivada, es decir, relaciones del *yo* y de objetos y cosas. Al tomar conciencia de *si* el *yo* se siente persona. La persona se ha de ir formando con el esfuerzo propio para resistir al mundo objetivado, a la socialización, a fin de llegar a lo perfecto de la comunión. La persona es una categoría axiológica en que se define y aparece el valor humano. La persona no ha de ser ni parte ni medio como la cosa. La persona es fin para *sí*, la cosa es fin para otro.

Creemos que Berdiaeff admitirá lo exacto y legítimo de este breve resumen de sus ideas. Suponiendo que lo admitiera, y nos fuera dado dialogar con él, nos atreveríamos a indicarle algunas enmiendas, que no dudamos que admitiría; le diríamos, por ejemplo, que al afirmar que la persona es fin en sí misma, sin duda no quiere decir con ello que esta finalidad de la persona humana es la propia del fin último, etc., y si admitiera estas correcciones y aclaraciones entonces le indicaríamos los pasa-

jes del *ingenuo* y *objetivista* Santo Tomás en que si no con tanta viveza y brillantez de estilo, por lo menos con más claridad y precisión enseña la misma doctrina. Le haríamos ver cómo el Santo afirma que la persona es lo más excelente en la naturaleza real, es decir, en el conjunto de los seres creados por Dios; que la persona es predicamento de dignidad y que por lo mismo hay que afirmarlo de Dios, por modo eminential, que la persona humana siente en sí misma el vacío y el ansia de la perfección y de la felicidad; que sólo en Dios, puede satisfacer esta sed y esta ansia; que esta satisfacción sólo se alcanza en definitiva en el amor de amistad con Dios. Seguiríamos haciéndole observar que este amor de Dios lejos de impedir el amor de persona a persona humana lo robustece, lo perfecciona, lo consagra, que el ideal divino, que sólo en el cielo tendrá su perfecta realización, es que entre todas las personas humanas se establezca esta comunión de amor, la cual para Berdiaeff es el único valor de comunicación social. Que sea el único, como hemos dicho, preciso es repetirlo e inculcarlo, es falso de toda falsedad, porque los vínculos de justicia se presuponen a los vínculos más perfectos del amor, más aún, la solidez del amor se comprueba con el cumplimiento de los deberes de justicia, la cual, en lenguaje escolástico cristiano al referirse a Dios recibe el nombre sagrado de religión. Hecha esta salvedad, diríamos más a Berdiaeff: diríamos que la Iglesia Católica, lejos de reprobador esta doctrina la tutela y desea su propagación y su práctica.

La devoción al Sagrado Corazón

En el diálogo con Berdiaeff, nos atreveríamos a más, nos atreveríamos a hablarle de unas revelaciones privadas, que la Iglesia Católica ciertamente no incorpora al depósito de la revelación obligatoria; pero que respeta y da en documentos públicos por fidedignas. Nos referimos, claro es, a las revelaciones del Sagrado Corazón a Santa Margarita María. Le haríamos entender que el pueblo cristiano, no forzado por la autoridad, sino espontánea y racionalmente, admite como mensaje divino la revelación que en Paray le Monial hizo Jesucristo al mundo de su Corazón que tanto ama a los hombres, admite que ellas son una nueva invitación que Jesucristo hace a la vida de amor, a la comunión de amor entre el mismo Jesucristo Dios y hombre y los hombres sus hermanos, a la comunión de amor entre los hombres, sus hermanos, e hijos de un mismo Padre, de su Padre Celestial. Le manifestaríamos, además, que esta invitación al amor, hecha por la Verdad infinita, no supone una ocultación de su soberanía inalienable, de su realeza absoluta, de su autoridad irrefragable.

Y, por fin, nos esforzaríamos, con caridad y prudencia, para que admitiera esta lección de metafísica personal, que nos da aquel CORAZÓN DIVINO al cual los católicos invocamos, creyendo y profesando con nuestra Madre la Iglesia Católica que EN ÉL ESTÁN TODOS LOS TESOROS DE LA SABIDURÍA Y LA CIENCIA.

Ramón Orlandis, S. J.

«NO ME DEJES, SEÑOR...»

Hago un alto, Señor, en mi sendero.
Hace poco empecé... y estoy cansado
y tengo sed y fiebre y a mi lado
teorías de abismo traicionero.

No me dejes, Señor, en este valle:
hay engaños de espinos en la rosa
y dardos en la brisa luminosa.
Señor, ¡por la amargura de tu calle!

No me dejes, Señor, en estos montes,
que es dura la ascensión y muy lejana
la cumbre; es oscura la mañana
y vela niebla gris los horizontes.

No me dejes, Señor, en estos mares,
que es muy frágil mi nave en la tormenta.
¡Agua y sal!... Y la pobre está sedienta...
¡Por tu sed del altar de los altares!

No me dejes, Señor, en este río:
sus aguas turbulentas y sin bridas
—galopan las pasiones— y escondidas
las tinieblas del mal, cárdeno y frío.

No me dejes, Señor, en estos llanos,
que solo perdería mi camino.
Quema el sol y la arena y el espino...
¡Por las divinas llagas de Tus manos!

No me dejes, Señor, en este cielo
con engaños de estrellas y espejismo
de luceros. Yo quiero el estetismo
de Tu cielo y Tu luz. Quiero el anhelo

de dar un paso firme cada día...
—no me dejes, Señor, en este ocaso,
no me dejes, Señor—... y cada paso,
que acerque a Ti, Señor, el alma mía.

Rafael de Monteys de Llinás

Iconografía del Corazón de Jesús

I

ICONOGRAFÍA DE JESÚS; SU EVOLUCIÓN

Está hoy admitido con carácter de generalidad que la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, en su modalidad primitiva, dimana, históricamente, de la devoción a la Llagas del costado. Pero esta devoción a la Llagas del costado nació muy adelantada la Edad Media, de manera que durante los diez o doce primeros siglos de nuestra era, no encontramos indicios de culto, privado desde luego, al Sagrado Corazón, aun cuando toda la doctrina del cristianismo descansa en el amor mutuo entre Dios y el hombre, doctrina que han desarrollado los Padres y Doctores de la Iglesia desde los primeros tiempos, y, que es, por otra parte, la que informa la devoción que comentamos.

Debemos recordar ante todo, el proceso evolutivo que sufrió la representación de Cristo. Al simbolismo que la encubre en el arte de las catacumbas (pez, cordero, Orfeo, Pastor, Pescador y monograma de su nombre) y en su manifestación humana se nos presenta como un joven romano, imberbe, casi adolescente, con el cabello corto y vestido con "pallium" (tipo llamado helenístico, que parece inspirado en el orador), de una dulzura admirable, se sucedió a fines del siglo IV, por influencias orientales, el Cristo ligeramente barbado, con larga cabellera que se destaca sobre un nimbo, generalmente, crucífero (Jesús Maestro), tipo que no queda fijado hasta mucho más adelante, al triunfar definitivamente el arte oriental o palestiniano sobre el helenístico.

(Perdónesenos aquí una pequeña digresión. El arte creado por las ciudades griegas de Oriente, Antioquía, Alejandría, Efeso, está penetrado del antiguo espíritu helenístico; como alguien ha dicho los artistas griegos ven del Evangelio su lado luminoso, en Cristo la dulzura, no la majestad. Paralelamente, y en particular desde el descubrimiento del Santo Sepulcro y de la Cruz (326), se desarrolla en Palestina y Siria otro arte cristiano completamente distinto, en vivo contraste con el anterior; arte histórico, conmemorativo, destinado a perpetuar a generaciones de peregrinos los acontecimientos evangélicos en el mismo lugar donde ocurrieron, impregnado de verdad y de sabor local. Cristo es aquí el tipo de su raza: barba negra, cabellos largos. En el arte helenístico había la gracia, en éste la majestad).

Coexisten mucho tiempo los dos tipos, y se mezclan, con predominio cada vez mayor del oriental. Y llegamos al llamado arte bizantino que se extiende por Occidente, mezclándose con elementos propios de éste. Gran creación suya es el Pantocrátor de los ábsides de las Iglesias, imagen gigantesca de extraordinaria majestad, en la que Cristo se halla en actitud de bendecir con la mano derecha, mientras que con la izquierda sostiene el libro de la Ley; en ella vemos más que al Salvador, al Dios del universo. El Pantocrátor domina en el período románico; magníficos ejemplares tenemos, procedentes de nuestras Iglesias pirenaicas, en el Museo Arqueológico de Barcelona. Más tarde aparecerán otros tipos: el Cristo glorioso, el Cristo-Juez, el Cristo-Hombre, a la vez bendiciendo y enseñando.

Pero, ¿y el tema de la crucifixión? Siendo como es el centro del Evangelio, sin embargo, apareció tardíamente en el arte cristiano. ¿No significaba, acaso, una innova-

ción atrevida querer "representar lo que era un escándalo para los judíos y una locura para los paganos"?, empleando una fase del Dr. Trens. Al principio los cristianos no osaron mostrar a su Dios sufriendo el suplicio de los esclavos. Las representaciones toman un carácter simbólico. Aparte de la cruz sola, sin imagen, tal vez la forma de Orante, tipo heredado del helenismo, sea la primera modalidad de crucifixión. Lo que parece seguro es que la representación de Cristo en la Cruz fué una creación oriental, siríaca, y de allí recibió su carácter histórico y realista, encontrando, en cambio, su expansión por Occidente muchas resistencias. Desde el principio coexisten sus dos tipos: el tipo oriental vestido con "colobium" o con "túnica manicata", y el tipo helenístico, con sólo perizoma. Parece ser que en ciertas zonas prevaleció el oriental como tipo más paliado de crucifixión (nuestras "Majestats" del XI, XII y XIII).

Nos hallamos ya ante la Pasión. Sin embargo, estos Cristos no expresan ningún sentimiento doloroso. Con los brazos casi horizontales, los ojos abiertos y la cabeza nimbada o coronada, pero nunca con corona de espinas, irradian serenidad. Será el siglo XIV que nos ofrecerá un cambio radical en este y otros temas iconográficos. Al arte grave y sereno del XIII, sucederá el arte apasionado de los siglos XIV y XV. Su objeto predilecto será, precisamente, la Pasión. La Cruz deja ya de ser un símbolo, para aparecer como instrumento de suplicio. Se abandona el tipo vestido; el Crucificado cambia de actitud: los brazos se elevan en tanto que la cabeza descende, dando la impresión de que todo el peso del cuerpo lo llevan las manos, una silueta menos rígida y la corona de espinas que le cubrirá de sangre; he aquí las notas características de esta nueva representación. Y no es esta sola. La meditación de la Pasión crea otras: el Cristo de los Dolores, el Cristo de Piedad, la Fuente de vida. Y nuevas devociones: la de las insignias de la Pasión, la de las cinco llagas, y también relacionada con éstas, la de los Dolores de la Virgen. El cambio en el arte se ha operado por las ideas. La mística cristiana ha tomado una tendencia sentimental, y este piadoso sentimentalismo no queda recluido en los conventos y monasterios, sino que se extiende al pueblo propagado por sermones y representaciones sacras o misterios, y más tarde, cuando aparezca la imprenta, por numerosos pequeños tratados y meditaciones sobre la Pasión. En este mundo místico comienza también, de una manera confusa lo que podríamos llamar, forzando un poco el sentido de la frase, prehistoria de la devoción al Sagrado Corazón.

El misticismo medieval encuentra el Corazón de Jesús.

El ascetismo posterior propaga la devoción

Cuando en la meditación de la Pasión se adivina un drama sangriento, desapareciendo el Triunfador por el Mártir, una gran piedad invade las almas cristianas. Estudiando la literatura religiosa de la Edad Media se aprecia el gran cambio en el siglo XIII. En general los teólogos del XI y del XII se mueven aún dentro del "puro

éter del pensamiento". Hay sus excepciones, como en San Bernardo, que en algunos de sus pasajes deja presentir esta infinita ternura. Con referencia al tema que nos ocupa parecen suyas, entre otras, estas palabras: "El hierro ha traspasado su alma y ha dado acceso a su corazón:.." "El secreto del corazón está descubierto por la apertura del cuerpo (del costado); descubierto este gran sacramento de bondad, las entrañas misericordiosas de nuestro Dios..." Algunos de sus discípulos se muestran aún con mayor claridad; pero, con todo, no hacen más que ligeras indicaciones y, en realidad, no representan ellos más que casos aislados. Sin embargo, el Corazón ha sido hallado por la llaga del costado. Poco a poco y de una manera insensible, se pasará de la llaga del costado a la llaga del corazón, que dará origen a su primera representación plástica. Es muy interesante el proceso de la apertura del costado (apertio lateris) a la apertura del corazón (apertio cordis) de la cual no se habla hasta el siglo XIII y de una manera precisa hasta el XIV, (Santa Angela de Foligno). Podemos, desde luego, establecer que en tiempo de San Bernardo empieza a formarse la devoción.

Otro aspecto de este misticismo medieval digno de atención es el que se refiere al deseo que muchos expresan de llevar en su corazón las heridas de Cristo, o el mismo Crucificado, como pide el poeta franciscano Jacopone de Todí. Es como una especie de estigmatización ideal. También son numerosos los casos de estigmatización real. En su lugar veremos la repercusión que ello determina en la iconografía del Sagrado Corazón. „

Tres figuras merecen especial mención en el siglo XIII dentro la devoción que nos ocupa: San Buenaventura, Santa Matilde, y Santa Gertrudis de Helfta. Ha sido discutida la paternidad de "Vitis Mystica" que por algunos ha sido atribuida a San Bernardo, pero parece más probable, al menos en la parte que dice relación con el objeto que nos interesa, que es del discípulo de San Francisco. De "Vitis Mystica" tomamos: "Vuestro costado ha sido atravesado para que al abrigo de todas las tempestades de fuera, podamos habitar en esta vid". "¿Quién no amará este corazón así herido? ¿Quién no le devolverá amor por un tal amor?". La devoción se detiene también aquí en la llaga del costado. En Santa Matilde y Santa Gertrudis, que mantienen coloquios tan íntimos con Jesús, encontramos los apasionados poetas de su corazón; acaso se acercan más a él, pero le ven siempre dentro del simbolismo del amor, amor resplandeciente de gloria y de gozo, que es también éste otro de los caracteres que le distingue del de Margarita que envuelve la idea de amor no correspondido, amor que ha sufrido y sufre por los hombres. Santa Matilde y Santa Gertrudis con San Buenaventura, resumen la devoción al Sagrado Corazón tal como se conoció y practicó en la Edad Media. No es posible aquí relacionar todos los nombres que aportan el franciscanismo, los dominicos, benedictinos y otras ór-

denes religiosas a su propagación y al nacimiento del culto privado en este final de Edad Media. Debemos, sin embargo, insistir en que frecuentemente aquél no va más allá de la llaga del costado; alguna vez se dirige al corazón independientemente de la llaga, pero al corazón visto como órgano de vida afectiva y símbolo de amor.

A fines del XV o principios del XVI parece que la devoción entra en nueva fase. Se objetiviza en cierta manera; es una devoción que se propone ya con determinados ejercicios, de los que se preconiza su valor y se aconseja su práctica; es decir, pasa del dominio de la mística al de la ascética cristiana. Es sobre todo por el movimiento cartujo de Colonia, con Lanspergio a la cabeza, que se opera este cambio. Lanspergio indica en su obra ejercicios piadosos y es, seguramente, el primero que habla de imágenes del Corazón de Jesús, que recomienda lleven y contemplen sus religiosas. Traduce, además, el libro de Gertrudis de Helfta ("Legatus divinae pietatis"), que gracias a él recorre Europa. (La traducción española es del año 1605). Con Lanspergio podríamos citar al benedictino Luis de Blois.

Los jesuitas (Canisio, Francisco de Borja, Druzicki y muchos otros) también están en primera fila en la propagación del culto. No solamente gustan de hablar del Sagrado Corazón, sino que, además, desde fines del XVI, añaden, con frecuencia, un corazón en las armas de la Compañía que figuran en sus libros, aunque es todavía dudosa la interpretación de su simbolismo.

Luego, San Francisco de Sales y las religiosas de la Visitación. Y, en fin, nos haríamos interminables porque ya en el siglo XVII la devoción está en todas partes. Unas palabras, solamente, sobre el P. Eudes, porque a él fué debido el primer culto público tributado al Corazón de Jesús, que hasta entonces no había sido más que privado. San Juan Eudes escribió en 1670 una misa y oficio propios del Sagrado Corazón (hay un precedente en J. B. Anyés, Valencia, 1550) que los Obispos de Coutances y Evreux aprobaron, permitiendo al propio tiempo la celebración de la fiesta, lo que tuvo eco prontamente en otras diócesis francesas. Sin embargo, la devoción, tal como la entiende el P. Eudes, va estrechamente unida a la del Corazón de María; en la amplitud de su objeto, algo impreciso, se funden muchas cosas que no comprende la devoción de Santa Margarita, y siempre se toma el Corazón, solamente como símbolo. Después del P. Eudes ya nos encontramos con la figura extraordinaria de la religiosa de Paray-le-Monial que marca la nueva y definitiva modalidad de la devoción.

Tal es, en líneas generales, el ambiente creado por los místicos y ascetas, lentamente, a través de cuatro siglos. Durante ellos los artistas se harán en ciertos aspectos, los intérpretes de estas ideas.

Pero dejemos para un nuevo artículo el estudio de algunas de sus manifestaciones.

José M. de Solá-Morales

2

EL REINADO SOCIAL DEL CORAZÓN DE JESÚS

Por E. RAMIÈRE

Interrogado San Juan, el Apóstol del Corazón de Jesús, por Santa Gertrudis, sobre los motivos que le habían hecho silenciar, en su Evangelio, los tesoros de gracia y de consolación que descubrió en el Corazón de Jesús durante la última Cena, le respondió que tal revelación estaba reservada para los últimos tiempos de la sociedad cristiana como remedio a su languidez y para reavivar su indiferencia.

Si es verdadera esta promesa, tenemos derecho a creer que el renacer de las almas y la regeneración de la sociedad dependen del establecimiento del Reinado del Corazón de Jesús.

Por otra parte, aunque no tuviéramos la seguridad que dicha promesa nos proporciona, no nos cabría dudar de esta afirmación. Nos basta recordar lo que es en sí mismo y lo que significa para nosotros el Corazón de Jesús, para convencernos de que no hay otra fuente donde los hombres y las naciones puedan ir a captar cuantos auxilios les son necesarios para su santificación y para su felicidad.

Desgraciadamente las naciones no quieren comprenderlo y multitud de personas, cegadas por el error, se obstinan en negarlo. Procuremos nosotros al menos, bajo la luz de la verdad, penetrarnos profundamente de ello. En espera de que una amarga experiencia obligue a la sociedad que lejos de ella se debate en dolorosas convulsiones, a volver a esta fuente de aguas vivas, vayamos a buscar en ella la fuerza y la vida. Establezcamos en nosotros el reinado del Corazón de Jesús, a fin de que este divino Corazón pueda entonces servirse de nosotros para extender tan bienhechor reinado a las almas que nos rodean.

JESUCRISTO QUIERE ESTABLECER SU IMPERIO POR EL AMOR

Expongamos primero lo que queremos significar al hablar del Reinado del Corazón de Jesús. ¿Por qué emplear una expresión poco habitual en el lenguaje y no decir sencillamente el reinado de Jesucristo? La razón es parecida a la que nos hace distinguir, en la persona adorable del Salvador, su Corazón, para hacer de él objeto especial de nuestro culto. Honrando al Corazón de Jesús dirigimos nuestra honra a Jesucristo, Verbo encarnado, Hijo de Dios vivo e Hijo del Hombre. Pero en esta adorable e infinita persona, que encierra junto

a la totalidad de atributos divinos las riquezas todas de la humanidad, nos es grato fijar nuestros ojos en un atributo especial que nos hace más dulce y asequible nuestra unión con ella. Consideramos su amor cuyo órgano es este Corazón, y por él, como puerta siempre abierta, entramos en este augusto templo cuya entrada, sin él, nos hubiera sido vedada. Y puesto que el mismo Hijo de Dios en sus relaciones con nosotros, guiado por su Corazón, no se ha ocupado más que en glorificar su amor, aun a expensas de sus restantes atributos, no haremos sino imitarle al dirigir de un modo especial nuestros pensamientos y nuestro culto hacia un amor tan liberal y un Corazón tan misericordioso. He aquí la razón por la cual preferimos pensar en el Corazón de Jesús y hablar del Corazón de Jesús, en vez de hacer simplemente a Jesucristo objeto de nuestros pensamientos y reflexiones.

He aquí también, por qué al intentar establecer con nuestro divino Salvador esta unión perfecta que le hará reinar por entero sobre nosotros y nos pondrá en disposición de cumplir en toda su amplitud los designios de su amor, no decimos solamente el reinado de Jesucristo sino el reinado del Corazón de Jesús.

Tal expresión nos indica de antemano que el Hijo de Dios al descender al mundo para conquistar a la humanidad, no quiso establecer por la fuerza y el temor su imperio sobre nosotros, sino únicamente por el amor. Para vencernos, no quiso este divino Guerrero emplear más armas que su Corazón.

De ahí proviene la dificultad de esta conquista; pero, al mismo tiempo, ahí radica su gloria.

Si hubiese querido reinar por la fuerza, nada le hubiera sido más fácil, teniendo a su alcance los corazones humanos; le bastaba con aparecer al mundo con esa majestad que conmueve los cielos y hace temblar la tierra; sólo con una palabra las naciones se hubieran postrado a sus pies. Y ni aun era preciso su intervención directa; una legión de ángeles tenía sobrado poder para someterle la tierra.

De haber querido reinar por el temor, la empresa no le ofrecía mayores dificultades. Antes de su venida al mundo, ningún otro sentimiento era más accesible al corazón del hombre, que el temor de Dios. El mismo Satanás tenía un gran núme-

ro de naciones sujetas a su tiranía principalmente por el terror. Bastaba con que los Apóstoles de Jesucristo, como nuevos Moisés, hubiesen medido sus fuerzas con los ministros de Satanás; con que hubiesen reproducido por todos los países del globo las plagas de Egipto y el milagro del Mar Rojo, y muy pronto el mundo entero hubiera reconocido la autoridad de su divino Maestro.

Mas tal empresa no era digna de Dios. Someter los pueblos por la fuerza es lo que hacen los conquistadores mortales; dominarlos por el terror puede hacerlo cualquier poder superior, con la sola presentación de males a los que no sea posible resistir. Pero someterlos solamente con el poder del amor; dominar todos sus feroces instintos con la debilidad voluntaria de la dulzura; apagar las vergonzosas concupiscencias con el encanto austero de la pureza; ahogar todo egoísmo con los lazos de la abnegación; vencer la pereza con el heroísmo del sacrificio, y la codicia extremando la renuncia; dejar a Satanás en posesión de todas las armas que le había proporcionado el pecado y de las que tan hábilmente se ha servido para perder a los hombres, y oponer a tales armas una sola arma: el amor; dejar el corazón humano con todas las heridas que le produjo la caída original, y sobre todas estas llagas extender un solo bálsamo: el amor; dejar en la sociedad cuantas influencias perversas y tiránicas crearon las pasiones y que cuarenta siglos lograron sedimentar y a todas estas influencias, hasta entonces irresistibles, no oponer más que una sola influencia: el amor; y con esta sola vencer todas las influencias sociales; con este solo remedio curar todas las llagas morales; con esta sola arma triunfar de todas las malicias infernales; establecer en el mundo el reinado del amor sobre las ruinas del reinado del odio satánico y del egoísmo humano; sustituir la ley del temor, única que había hasta entonces podido mantener la sociedad de los fieles, por una ley nueva que se resumiera por entero en el amor; hacer de esta caridad divina, que es la ley de los Santos en el cielo, la única ley para los peregrinos en la tierra, he aquí una empresa que sólo un Dios podía concebir. La ha concebido Jesucristo y desde hace dieciocho siglos está en vías de ejecución. Es la empresa que llamamos *el reinado del Corazón de Jesús*.

DEBEMOS CONSAGRARLE
NUESTROS CORAZONES

Demasiadas pruebas tenemos de que esta empresa no está aún terminada. Pero llegará a término, y de nosotros depende el apresurar su realización con la generosidad de nuestro apoyo. Los retrasos sufridos son prueba de la gravedad de los obstáculos que encuentra; mas, por otra parte, los triunfos alcanzados ya, no dejan lugar a dudas sobre el resultado final.

Si una primera manifestación de Jesucristo bastó para derribar de sus tronos a los Césares del paganismo, y para atraerle adoradores de todos los pueblos del globo, ¿no será suficiente una manifestación más ostensible para generalizar este triunfo? La obra comenzada por los primeros apóstoles de un modo tan glorioso, será completada por estos nuevos apóstoles, cuya venida ha sido predicha por los santos ya desde hace siglos, y que serán, a título especial, los apóstoles del Corazón de Jesús. El sol divino que con sus primeros rayos disipó las tinieblas de la noche, al alcanzar su cenit rasgará la niebla que todavía cubre la tierra.

¿Quién no ha observado, en primavera, una niebla espesa velando casi por completo la luz del sol en el mismo instante en que éste iba a rasgar su manto para inundar la tierra con sus bienhechores rayos? ¿No es por ventura al producirse el ataque más violento cuando, muchas veces, la victoria viene a coronar los esfuerzos de un valeroso general? No temamos, pues, por el desenlace de la lucha: Aquél, bajo cuyo estandarte combatimos tiene por divisa "El Invencible", y salió de su reposo para vencer, no para ser vencido: *Exiit vincens ut vinceret*. Su armadura está hecha a prueba de toda clase de golpes, su espada alcanza las almas, su flecha aguzada derriba los enemigos a sus pies. Tales armas son su Corazón, que está presto a oponerle, como antaño hiciera, a todo los poderes de Satanás, a todos los egoísmos y todas las tiranías; y tampoco podrá resistir el mundo el peso de esta arma divina que ya lo venció hace dieciocho siglos.

Pero ya lo hemos indicado: de nosotros depende acelerar, por la generosidad de nuestra cooperación, este triunfo del Corazón de Jesús, apresurando el establecimiento en nosotros de su reinado. ¿Qué hacer para ello? Hallaremos la solución en el mismo título que encabeza estas líneas: El Reinado del Corazón de Jesús.

Tales palabras nos indican claramente que todas las luchas que el Corazón de un Dios ha librado en el mundo no tienen otra finalidad que

la conquista de nuestro corazón, ya que el reinado del corazón no puede establecerse más que sobre corazones. Además, en esto se distingue la misión de Jesucristo de las demás empresas; su religión se eleva por ello sobre cualquier otra, sin exceptuar siquiera la religión judaica; he aquí lo que permite a toda persona de buena fe distinguir la verdadera Iglesia de las sectas herejes.

Los conquistadores que valiéndose de la espada someten los Imperios pueden lograr una obediencia pasiva; pueden, como hizo Alejandro, *hacer enmudecer ante ellos a todo el Universo*; pero, ganarse los corazones y, sobre todo, curarlos y regenerarlos, ni siquiera sueñan en ello.

Todas las falsas religiones de la antigüedad impusieron a sus servidores duros sacrificios, llegando incluso a exigirles la inmolación de sus niños, obediendo ellos a este bárbaro requerimiento; pero ninguna de estas religiones tan exigentes ha pedido a los hombres el sacrificio de sus corazones, ninguna les ha enseñado lo que podían hacer para reformarlos y para curar sus dolorosas heridas.

Únicamente la verdadera religión, la que Dios reveló al hombre en el Sinaí, les formuló este mandato y les ha enseñado esta ciencia fundamental. Mas la ley mosaica no tuvo virtud para hacer comprender y practicar lo que enseñaba a los hombres. Insistentemente repetía Dios a su pueblo, por boca de los profetas, que los sacrificios de animales no tenían ningún valor ante sus ojos de no ir acompañados por el sacrificio del corazón; cosa que no comprendía aquel pueblo tosco. Le parecía haber cumplido todas sus obligaciones ofreciendo las primicias del campo e inmolando los recenales de sus rebaños; y si algunas almas escogidas profundizaban más en los designios del legislador divino, era porque presentían las influencias del Corazón de Jesús.

Pero cuando este divino Corazón se hubo revelado a los hombres manifestándoles su amor con las humillaciones de Belén y los tormentos del Calvario, sólo entonces los corazones se dejaron dominar; se reconoció entonces, *que el verdadero reino de Dios reside en el interior*; que la consagración filial de un corazón que se confía a su paternal amor le es incomparablemente más agradable que las más ricas ofrendas y que los sacrificios más cruentos.

Solamente entonces la religión del amor se estableció por fin en la tierra; se suprimieron las observancias farisaicas y en lugar de esta carga que abrumaba las almas sin hacerlas mejores, un sólo precepto, doble en su unidad, fué promulgado a los hom-

bres: *Amaréis al Señor Dios vuestro con todas vuestras fuerzas, y a vuestro prójimo como a vosotros mismos.*

LA IGLESIA, ESPOSA Y DEPOSITARIA
DEL CORAZÓN DE JESÚS

Así como el carácter propio de la obra de Jesucristo es, pues, el haber tenido como único fundamento la inspiración del amor, y como instrumento la sola virtud del Corazón de Jesús, también el carácter propio de la religión de este Hombre-Dios es el tener por fin el don del corazón humano y por efecto la comunicación del amor Divino.

Y este carácter es en tan alto grado propio de la sociedad de la que es Jefe Jesucristo, que no podría ser imitado por las sociedades rivales que intentan usurpar el nombre y prerrogativas de la verdadera Iglesia. Observemos las sectas herejes o cismáticas que más cuidadosamente han conservado las antiguas tradiciones: la Iglesia anglicana, la Iglesia rusa... ¿Qué les falta para que puedan ser confundidas con la verdadera Iglesia? Tienen una jerarquía como nosotros, y los prelados que la forman están dotados de mayores riquezas que los nuestros; poseen magníficos templos, ceremonias espléndidas, sacramentos; recitan el Credo, enseñan el Evangelio y el Decalogo.

¿Qué les falta, pues? Les falta lo que sólo podrían hallar en la influencia del Corazón de Jesús: les falta el calor, la unción, la piedad, el don del corazón. De ahí esa ausencia de vida, esa sequedad dolorosa que induce a desertar a las almas más nobles de estas ramas desgajadas, para reunirse con el tronco divino, con la Iglesia santa, que recibe la savia vivificante del Corazón de Jesús.

Escuchemos a una de estas almas generosas en el relato que nos hace de su retorno, con un estilo que lleva en sí la prueba de su sinceridad: "Sería muy largo y difícil enumerar todas las razones que persuadieron a mi espíritu. En cuanto a mi corazón, ¡oh!, en seguida comprendió que sólo la práctica del catolicismo podía satisfacerle; comprendió que para el hombre que os necesita, ¡Dios mío!, para el hombre que siente su dependencia de Vos, sois su finalidad, que sólo Vos podéis ser su término y su vida, que para el verdadero cristiano, en una palabra, la única religión posible es la católica, que sólo ella penetra en la existencia humana, que sólo ella se identifica con esta existencia para formar una parte integrante de la misma, mientras que las demás religiones están, a lo más, al margen de la vida. ¡Ah!, ¿cómo no va a ser verdadera esta religión, úni-

ca que puede consolar y curar?... Sólo ella nos inicia en el misterio de la vida, es decir, en la verdadera existencia que consiste en la unión con Vos; sólo ella nos enseña a vivir con el alma, a olvidar nuestro cuerpo, a vivir espiritualmente. ¡Oh!, ¡quién narrará las delicias de un alma católica! ¿Quién dirá con qué amor os manifestáis ante ella?"

Sin duda ninguna la verdadera Iglesia, la Esposa legítima de Jesucristo, posee varias notas, exclusivamente propias, que la distinguen de todas las sectas adúlteras; pero de todas estas notas ninguna es más apta para impresionar un corazón, que sienta a Dios, como ésta: sólo la verdadera Esposa del Salvador posee el Corazón de su celeste Esposo, y sólo ella está vinculada a Él por el corazón. Este es su privilegio que nadie

osa disputar, y tal privilegio puede bastarle. Mientras quede patente que sólo hay una Iglesia del Corazón de Jesús, que tomen las demás tanto como quieran el nombre de Iglesias cristianas.

De todo lo cual podemos deducir la siguiente conclusión: Si queremos que crezca en nosotros el espíritu de la Iglesia, si queremos unirnos a ella más estrechamente, ser más católicos, es preciso que establezcamos en nosotros sin reserva alguna el Reinado del Corazón de Jesús. Cuanto más unamos nuestro corazón con este divino Corazón y más participemos de sus dulces efluvios, tanto más se realizará en nosotros el fin que movió al Hijo de Dios a descender al mundo, cumpliéndose así la voluntad del Padre celestial y haciéndonos más capaces de cumplir esta voluntad mise-

ricordiosa para con nuestro prójimo.

¡Oh, si los hombres quisieran ser salvos! ¡Cuán fácilmente hallarían la salud! ¡Qué habrían de hacer para arrancar del mundo las más dolorosas espinas de que se halla sembrado y para librarse en su peregrinación de las pruebas más amargas? Dirigir la mirada hacia el Corazón de Jesús que permanece junto a ellos; poner su confianza en este divino Corazón, esforzarse en imitarlo, recibir las gracias que tanto desea comunicarles, dejarse subyugar por su amor y permitirle el establecimiento de su reinado sobre ellos. No sería preciso otra cosa para restablecer en el mundo la paz, la unión y la serenidad del Paraíso, ya que no sus encantos.

(Fragmento de la obra "Le Règne Social du Coeur de Jésus", Toulouse 1892).

FUENTE DE AGUAS VIVAS

Apareció esta obra en castellano (1) casi simultáneamente con la titulada "Cartas Sociales" (2). Es el segundo volumen del autor húngaro traducido al español y pertenece a la última época de la vida del ilustre obispo de Székesfehérvár, cuando, después de una vida de continuo trabajo, hubo de retirarse a la placidez de su diócesis.

El lector a medida que penetra y avanza en la lectura se siente envuelto en un clima espiritual cálido, radiante, luminoso y como si hiciera su marcha en clara y límpida mañana en la que el alma se siente en trance ascensional, como el sol en su carrera.

Y el clima espiritual, clima mañanero, que nos ofrece esta prosa rápida, vivaz, vibrante, de corte tan moderno, nos trae a presencia al autor y le sentimos ya en nuestra compañía.

Fuente de aguas vivas. Por aguas vivas entiende el autor el Corazón de Jesús. El tema de este libro es, pues, el Corazón de Jesús, el amor divino. En el doble sentido que tiene la frase. Es decir, el amor que Dios nos tiene y el que nosotros le tenemos.

Para ascender y penetrar y vivir en el reino de Dios, el mejor instrumento es el amor, y su mejor símbolo, el Corazón de Jesús. El amor que mantiene viva la fe, que alimenta la llama iluminadora del curso del pensamiento, que nos suministra los nobles motivos y las fuertes moliciones de nuestro querer y de nuestro obrar. El amor que hace al sabio y al héroe, al Apóstol y al mártir. El amor que es la medida del hombre, no sólo porque el hombre vale tanto cuanto ama y por lo que ama, sino porque el hombre ordena, valora y estima las cosas todas con el patrón de medida de su amor.

Pero para que este tesoro amoroso mantenga y acreciente sus caudales y permanezca siempre fluente, es necesario alimentarle con la devoción al Corazón de Jesús, que nos saca del círculo reducido de nuestra existencia y

nos eleva y nos ensancha hasta participar en la gran unidad, en ese cuerpo místico de la Comunión de los Santos, en donde, perdiéndonos, nos encontramos, nos salvamos, llegamos a plenitud.

Multitud de frases del Evangelio están esparcidas, como flores, por las páginas de este libro en cuidadosa y oportuna selección. Fuentes de aguas vivas es la vivificación más animadora y vibrante, la explanación más exaltada, la traducción más moderna en la corriente vitalista del tiempo, de aquellas frases del Evangelio más directamente relacionadas con el tema eterno y universal del amor, en su entroque divino y en su proyección divinizadora. Y no el amor estático, pasivo, quietista y puramente contemplativo, sino el amor hecho llama, encendida por aquel que vino a "poner fuego en la tierra", haciendo que ardiera en incendio dilatador y purificante. Iluminando al mundo y disipando la tiniebla. Fuego que hace crepitar al universo en hoguera de amor y cuyas llamas cimbreantes funden la grávida materia como en una liberación de todas las fuerzas del cosmos, desatadas en himno de luz.

Por esta escala luminosa, hecha de todos los corazones, se asciende hacia el reino celestial, "hacia Dios a través de todos los corazones". Pero el hombre, frente a la infinitud, se desorienta, se descarria fácilmente. Necesita, por tanto, un Norte, una estrella. Necesita al Dios humanado, que "el Infinito adquiera rostro humano, mirada amorosa, labios llenos de sabiduría".

"Es la satisfacción de todos nuestros anhelos; es un verdadero "cuerpo" divino, semejante al nuestro; y tiene una frente resplandeciente; tiene una voz humana con acento de oración; tiene manos para bendecir y rodillas para postrarse; pasa en medio de nosotros vestido con la túnica tejida por su madre e imprime las huellas de sus sagradas plantas en el polvo de nuestros caminos. Y tiene corazón, corazón verdadero, corazón humano, lleno de sangre para que nosotros tengamos una puerta divina, segura y resplandeciente, desde la cual está al alcance de nuestro brazo el Infinito".

Desde el primer capítulo, en la cantonada de cada pá-

(1) Fuente de Aguas vivas. (Meditaciones sobre el Sacratísimo Corazón de Jesús) Mons. Ottokar Prohászka, obispo de Székesfehérvár. (Traducción y prólogo del Dr. Sancho Nebot). Eds. Studium, Madrid, 1944.

(2) Véase n.º 14 de CRISTIANDAD.

rrafo y a lo largo de cada línea, como en las que quedan transcritas, saltan vibrantes las palabras con elástica fuerza. En la sensibilidad del lector punzan con fuerte latido frases, ideas, imágenes, en una esplendorosa fronda tropical. Tropical por el colorido, la riqueza, la grandiosidad, y aún más, por la temperatura.

Amor es creencia, creencia es vida, pero la vida que fluye entre los extremos del hombre-máquina y del hombre estrictamente soñador. "Los que a causa de su vida religiosa se vuelven impotentes, indolentes, distraídos, no andan por el camino recto, porque la esencia de la religión es comunión con Dios; la comunión con Dios es

fuerza de una vida más abundante y cumplida, y la plenitud de vida no consiste en un soñar pasivo, sino en la adaptación precisa, equilibrada, valiosa, del hombre total y activo a todos los vínculos de la vida".

No basta que nuestra alma comience por ser morada y templo de Dios en donde se le busque, contemple y venera. Es necesario más. Es necesario que se convierta en vida, en un vivir en Cristo; o mejor, en un vivir Cristo en nosotros. O como gustaba de decir Santa Teresa de Jesús: "un tomar Cristo por tuyas nuestras cosas y tomar nosotros las de Cristo por nuestras.

F. H.

La gran "Butterfly"

Nuevamente, entre las eternas melodías puccinianas—tan favoritas de nuestro público—que durante la pasada temporada invernal han vuelto a resonar en nuestro Gran Teatro, tuvimos ocasión de sentir otra vez la profunda tragedia de la dulce y diminuta "Butterfly".

Giacomo Puccini, cuyo renombre, consagrado en todos los públicos del mundo por la popularidad, resiste la acerada crítica de los intelectuales, parece sintió en toda su intensidad la tragedia de la muchachita oriental, del mismo modo que lo hiciera con la de Floria Tosca, la heroína "patriota" del Risorgimento italiano. Aquí esta inspiración le hizo plasmar inspiradas notas en las que vive y se hace armonía, verdaderamente, la ciudad de Roma. Desgraciadamente, sin embargo, la Roma opuesta a la cristiana, a la que canta Veullot en su "Parfum de Rome": la Roma rebelde a la paternal tutela pontificia, la Roma del libelo antipontifical que sirvió de argumento a dicha ópera.

Allí en "Madame Butterfly", con sus dulzonas melodías, el compositor canta el Oriente. Y canta el oriente sencillo, ingenuo, personificado en la frágil figurita de la japonesita prendada del europeo galante y superior; la niña que queda esperándole, a pesar de todo y contra todo. Que en su pobre mentalidad pagana no conoce la moral; que no sabe de su dignidad humana; pero que sí sabe de heroísmos y de sacrificios que la llevan al extremo de darse la muerte.

Triste es que Puccini escogiera, constantemente, para sus creaciones, argumentos contrarios a los mejores sentimientos religiosos o morales; pero no hay duda que, al popularizar su "Butterfly", sin quizá proponérselo, quizá sin saberlo él mismo, da justificado motivo para profundizar en esta tragedia, y atribuirle, con toda verdad, un amplio simbolismo. La "Butterfly" resume la gran tragedia del Extremo Oriente. La "Butterfly" es algo vivo, es retrato auténtico de uno de los más tremendos y trascendentales hechos de la Historia. Hoy más vivida que nunca.

Todo el Oriente es una inmensa "Butterfly". Esta raza amarilla, no inferior naturalmente —como lo es la negra, por desgracia— esperaba, desde siglos, la Buena Nueva

que la liberase de las tinieblas del paganismo. Raza y civilización admirables!!! La inmensa y refinada China, el Japón industrial, qué campos para la acción de la Iglesia!!! Qué no se podía esperar de la incorporación de este infinito mundo!!!

Al alborear nuevos tiempos, después de la paciente labor educativa de la Iglesia durante el Medioevo —que iba a ser truncada por la revolución humanística y la Reforma protestante—, surge el Occidente con bríos de expansión cristiana. Se trata de llevar la Fe de Cristo a los infieles. Este es el verdadero motor —que no el de un imperialismo conquistador —que mueve a España y a Portugal principalmente, y esta es, asimismo, su mayor gloria. Isabel de Castilla debiera figurar, en buen derecho, entre las grandes misioneras.

Y así, poco después de la epopeya colombina, vemos a Vasco de Gama doblar el Cabo y llegar a las Indias, realizando por mar —mejor camino— el periplo de Marco Polo, y haciendo asequibles estos parajes al genio de Occidente. Siguen Almeida, Albuquerque, y, por rutas enteramente opuestas, después de rodear al Globo, Elcano, sucesor de Magallanes, es quien lleva la buena nueva al Oriente expectante.

No. No fueron estos navegantes unos oficiales blancos, que no saben otra cosa que burlar la ingenua buena fe de una pobre virgen pagana. Estos fueron los valientes que hicieron posible la apertura de caminos que llevaron a aquellas remotas playas mejores huéspedes. Ellos hicieron posibles las etapas de un Francisco Javier y de sus sucesores, que, incluso humanamente —aparte de su sublime misión religiosa— tienen mucho de epopeya.

...Que, repetimos, llevaron la Buena Nueva al Oriente, que esperaba. ¿No has sentido toda la profundidad de esta espectación, oh lector, en el inspiradísimo cuadro del fin del II acto de la ópera que motiva las presentes líneas? Es ya de noche. Dos faroles contrastan con la tenue claridad que llega del exterior, en la luminosa noche oriental. Y asisten así la vela de la "Butterfly". Vela expectante, simbolizada por la inspirada melodía "de los abejorros", una de las páginas más conocidas de la música moderna. Y la "Butterfly" espera, brazos en cruz.

Del mismo modo esperó, durante siglos, el Oriente. Y esperó la vuelta de mejores caballeros prometidos, mejores que el oficial blanco: el misionero, que llevase la Fe de Jesucristo. Su anhelo no era infundado, porque aquellos caballeros ya habían hecho su aparición. Las mismas persecuciones, cruentas, de los primeros tiempos en el Japón, tenían algo, a la vez que de ingenuo —pese a su crueldad— de prometedor. Demostraban la altísima impresión y trascendencia que en el Oriente tenía la semilla de la palabra de Jesús, echada sobre aquella tierra virgen... Era, en definitiva, el problema que tiene hartamente resuelto la Iglesia: su terreno de lucha favorito. Sangre de mártires, semilla de cristianos.

Pero las rutas hispanas y portuguesas, al comenzar el siglo XVII, se vieron interceptadas por extraños piratas. Extraños piratas, y peligrosísimos, porque no se trataba de vulgares malayos sanguinarios, sino de blancos, refinados y quizá más sanguinarios también. Aquellas rutas de carabelas, que no dejaban de llevar, en cada viaje, al sacerdote misionero, se cerraban, para abrir paso a buques de los países del Norte de Europa, poderosos, emprendedores, refinados, pero materialistas y explotadores. Sus rubios tripulantes no ponían su esfuerzo ni su civilización al servicio de la Fe de Cristo, sino de las especies, como más tarde, lo han puesto al del caucho o del petróleo. Y, así, quedaron aquellos caminos del mar cerrados para la Iglesia; aquellas nacientes cristiandades —que prometían tanto, que aún quedan vestigios de ellas— murieron “de hambre”, de hambre de la palabra y de la gracia de Dios que les fué negada, de hambre, de inanición por falta del misionero que no pudo llegar.

Tremenda responsabilidad ésta, para el Norte protestante. ¿Son los actuales tremendos acontecimientos que hemos vivido, el castigo de la Providencia hacia tal prevaricación?

Como “Butterfly”, el Oriente entero quedó, tres siglos, esperando...

Como el susurro de los abejorros, llegó hasta la Cristiandad, impotente y destrozado, el suspiro de un inmenso Oriente que suspiraba por la Verdad. El mayor misterio, cuantitativamente hablando, de la Historia, es el Oriente, por cuanto es éste el que habrá de aportar mayor número de almas, miríadas y miríadas de ellas, el día feliz en que no exista más que “un solo rebaño y un solo pastor”. “Butterfly”, la virgen engañada, simboliza el misterio de la inútil espera oriental, de la decepción del Japón, con sus energías; de las ricas y abandonadas —explotadas codiciosamente— regiones de Insulindia, con sus poblaciones expresamente degeneradas por el europeo hereje y protervo; de aquella Indo-China, con su Hanoi, a donde voló espiritualmente una enfermera monjita francesa en su afán de salvar las almas, afán sobrenatural de tal eficacia y verdad, que mereció ser igualado al de Javier por el gran Pontífice Pío XI, invocando a aquella dulce monjita nada menos que como Patrona Universal de las Misiones; de aquella inmensa China, el mayor hogar de almas del Universo, ante la cual lanzó su postrera mirada aquel gran Patrón al morir...

Hasta que aquel Oriente se cansó de esperar... Y se sintió “Butterfly”. Mas con una reacción hartamente distinta.

De Maistre, el genial pensador, en una de sus veladas,

en un arranque profético —de estos que lo sitúan al nivel de nuestro admirable Donoso Cortés— pondera: “Id a los pueblos paganos de Ultramar, y, antes de llevarles nuestra Fe, nuestra Religión, instruídles en nuestros adelantos materiales. ¡Veréis el engendro monstruoso que produciréis!” Y esto De Maistre lo escribía en 1821: aún no se soñaba siquiera en la posibilidad de que pudieran existir grandes imperios a la moderna en las remotas regiones de Ultramar.

La trágica realidad vivida en Filipinas nos prueba cuán profética era la visión de De Maistre. El Japón, abandonado a sus sanguinarias energías naturales, ha sido el fruto monstruoso: en cierta manera, el auténtico hijo de la “Butterfly”.

Las consecuencias ya se han visto y se han gustado. El Oriente se ha “incorporado” a la civilización. Pero no ha sido a la civilización de Betania. Y los tanques y los aviones han sido su fruto natural.

Tsushima fué su primera revelación. El Occidente, prevaricador lo había querido. El Oriente se hacía su discípulo, pero no para seguir a Cristo: se hacía su discípulo auténtico, imitándolo en todo, principalmente en el paganismo y materialismo de su vida, que se superponía al paganismo natural y mítico de la raza. Su primer gesto de imitación fué la creación de la escuadra de acorazados de Togo: más potentes que la europea de los rusos, que halló su sepulcro en aquellas aguas orientales.

Su segundo gesto... la trágica actualidad.

No tiene culpa ninguna España. En esto sí que tenemos derecho a proclamar la inocencia histórica de nuestra Patria. Ella no es responsable de la tragedia que ha ocurrido en Oriente. Estos mismos sanguinarios que han asesinado a sus hijos en Filipinas, estos tigres, estaban a punto de ser trocados en corderos bajo el signo de la Cruz, a la luz de la Buena Nueva que Javier y los suyos con tanta caridad como intrepidez llevaron. ¡Qué orgullo para España! Ella abrió los caminos de Dios: otros fueron quienes los cerraron.

Y estas Filipinas que han sufrido en su carne, tan al vivo, estas consecuencias, son, asimismo, el más legítimo orgullo para España. Ella les dió sus creencias, y su sangre, y su civilización. Hizo del tagalo un hombre digno, cuando a su alrededor subsistía y subsiste aún la jungla. Que importa que la hija se emancipase de la madre, al igual que lo hicieron veinte jóvenes naciones americanas: pudieron hacerlo precisamente por cuanto la madre, generosa, no les había regateado nada en su inmensa fecundidad, y se cumplió, en definitiva, la ley de la vida.

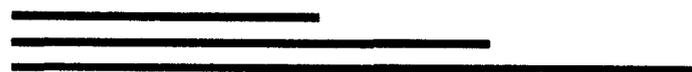
* * *

Mas el resto del Oriente quedó en las tinieblas. Y aquellas generaciones, que suman, desde el siglo XVII, miríadas de almas, campo inmenso de mies sin segadores...

Solamente que, lo que los hombres han torcido, Dios puede, quizá por los caminos más paradójicos, rehacer, y para obtener fruto más copioso aún. Javier y Teresa del Niño Jesús en ello tienen su honor comprometido, y Dios no falta a sus promesas. A ambos aseguró su triunfo en este lejano y trascendental Oriente, y si allí la Humanidad ofrece sus mayores masas numéricas, es allí, forzosamente, que un día luminoso debe obtener la Iglesia el triunfo más esclarecido de su Historia.

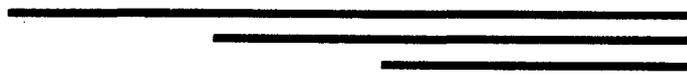
Luis Creus Vidal

Santiago de Compostela



La única ciudad que con Toledo ha sido
declarada toda ella monumento Nacional.

Visítela este verano y conozca de paso las
incomparables bellezas del paisaje Gallego.



BARATA H. NOS

SUCESOR

TEJIDOS DE LANA



Pl. Maragall, 2

Teléfono 2322

TARRASA



BLANCO
CINZANO
¡ EL SUPER VERMUT !

Cuevas de Artá
MALLORCA



Múltiples son las
bellezas con que
dotó Dios a esta
privilegiada Isla, de
todas sobresale una
por su magnificencia:

Las maravillosas Cuevas de Artá